
LOS AVENTUREROS DE JUPITER
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

(Segunda parte de 'LA NAVE DE PLATA')

La astronave plateada y gigante, despidiendo vívidos centelleos de luz cual una estrella más, acababa de cruzar la línea imaginaria que constituía frontera entre el espacio negro y la zona cósmica de Júpiter propiamente dicha.

El velocísimo viaje interestelar desde el Grupo de Hilda -los seis planetoides ricos en minerales y perdidos en el último extremo del Reino de los Enanos- tocaba a su fin.

Los aventureros de Júpiter

Joe Bennett

Los aventureros de Júpiter

(Segunda parte de "LA NAVE DE PLATA")

Luchadores del Espacio, 166

JOE BENNETT

LOS AVENTUREROS DE JUPITER



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V. 1.319 —1959
EDITORIAL VALENCIANA —VALENCIA

LOS AVENTUREROS DE JUPITER

(Segunda parte de "LA NAVE DE PLATA")

CAPÍTULO I


Los aventureros de
JUPITER
JOE BENNETT

CAPÍTULO PRIMERO

ENCUENTRO

La astronave plateada y gigante, despidiendo vívidos centelleos de luz cual una estrella más, acababa de cruzar la línea imaginaria que constituía frontera entre el espacio negro y la zona cósmica de Júpiter propiamente dicha.

El velocísimo viaje interestelar desde el Grupo de Hilda —los seis planetoides ricos en minerales y perdidos en el último extremo del Reino de los Enanos— tocaba a su fin.

Callisto, a lo lejos, ocupaba el Gran Cielo que iluminaba Júpiter con el sobrenatural resplandor de un enorme Sol habitado. En torno al planeta, igual que un cortejo flotante, gravitaban sus otros satélites naturales con esa placidez rebosante de inmensa energía que parece desprenderse de todos los astros que pueblan el Universo ilimitado.

Era Galáctica. Triunfo y conquista para el Hombre que surca el Cosmos en innúmeras direcciones. El carguero plateado, en cuyos laterales destacaba el rótulo "Transpace Inc", comenzó a decelerar. Surgieron chorros vaporosos, nevados, de los cohetes tangenciales.

En la cámara direccional, atento a los mandos, Law Baxter dirigió la maniobra de estabilización espacial. El punto correspondía, exacto, a la cota ideal de las 50 espaciomillas al norte de Callisto.

Junto al capitán, mudos y tensos, permanecían la bellísima Ruth Morgan —esposa teórica de Law— y el pelirrojo Dale Westaco, rascándose instintivamente, en aquel gesto tan personal, la áspera cabellera color zanahoria.[1]

Ya estaban en el destino señalado por Ted López, el contrabandista a las órdenes de Karl Busse. Éste era el lugar: 50 espaciomillas al norte de Callisto. Ni una más ni una menos. El cargamento que transportaban en la bodega de la astronave debía ser trasladado a la del cohete rojo que acudiría a la cita. He aquí lo convenido.

Un acuerdo absurdo, que despertó las inmediatas sospechas del sagaz Law Baxter. Pero no les quedaba opción. Aceptaron.

La "Transpace Inc", compañía de carga a la que daban vida los dos socios, se hallaba al borde de la bancarrota. Cualquier encargo era bueno. El intendente Harper, de Hilda, les recomendó a Ted López. Pero ahora sabían ya *por qué* su cargamento constituía contrabando. Varias toneladas de *fixofilina*, la droga infernal y superexcitante… ¡era la mercancía que transportaban!

La Policía Cósmica los habría condenado sin remisión,

aniquilándoles, de haber conocido la naturaleza de su espacio-transporte. ¿Lo ignoraba? Eso creían ellos. Law y Dale atribuían a su propia pericia la circunstancia de no encontrar patrullas policiales en la ruta seguida desde los planetoides.

Por lo pronto, se consideraban a salvo. Estaban en el lugar de reunión. Esperando la presencia de la astronave roja de los contrabandistas... y dispuestos a cobrar con creces la burla de que fueron objeto y cada uno de los peligros que —si ciertamente no los corrieron— hubieran podido serles fatales.

Porque aquel asunto del espacio-transporte fue, en realidad, una ofensiva burla por parte de Ted López, el sonriente aventurero. Les engañó. Aseguró que los bloques de apariencia metálica eran protoactinio hidrogenado. Eso dijo el muy granuja. Protoactinio para usos hipermetalúrgicos, ¿eh? ¡Mentira! Envases camuflados donde se ocultaba, en paquetes, el fino y blanco polvo de la locura frenética. El opio nefasto de la Era Galáctica. ¡La perseguidísima *fixofilina*!

De hecho —pese a su fortuita participación— serían considerados contrabandistas ante la Ley. Sí. Ellos desconocían la verdad. No llegaron a suponer que cometían delito al aceptar el falso cargamento donado por Ted López.

Sin embargo, ningún alegato les eximiría ante la Policía Cósmica. Esta ofensa, en opinión de Law y Dale Westaco, debía ser lavada. Castigarían a López y a sus esbirros de una forma que no podrían olvidar.

Y el poderoso Karl Busse sabría lo arriesgado que resulta provocar, con falaces engaños, a dos vagaespacios curtidos del calibre de Baxter y su hercúleo amigo pelirrojo.

Respecto a Ruth... Bueno; ella era cosa aparte.

Simplemente, quería salir de Hilda. Escapar de las garras ávidas de aquel tipejo llamado Lalond. Por ello no vaciló, como solución extrema, en casarse con Law. Un matrimonio de conveniencia, claro. Sin amor, sin relaciones propias de desposados, sin otra cosa que... amistad.

Hasta aquí alcanzaban los pensamientos de Law. En este punto, se estrellaban contra el muro de lo desconocido. Lo que restaba por ocurrir, era futuro. Enigma. Porvenir incierto y brumoso.

Ignoraban, también, la última y sucia jugada del despechado Lalond. Aunque no sería por mucho tiempo. Su delación fructificaría bien pronto... y de un modo especialmente violento.

—El detector de proximidad señala la presencia de un cuerpo móvil —indicó Dale Westaco entonces.

Su voz, cargada de expectante tensión, interrumpió los pensamientos de Law Baxter, dedicado hasta entonces, para acortar la galvanizante espera, a rememorar la sucesión de trepidantes

acontecimientos que determinaron su actual situación.

Ruth Morgan —señora Baxter sobre el papel— exhaló un profundo suspiro. Sin saber por qué, estaba temiendo que una siniestra premonición se conjurase en torno a ellos, sorda pero inexorablemente.

—¿Qué puede ser, Law? —interrogó anhelante.

—El cohete rojo de los contrabandistas —contestó el capitán sin titubeos—. Vendrán a recoger la mercancía y a pagarnos los dos mil restantes, tal como prometió Ted López. Un buen negocio el suyo, desde luego. Diez toneladas de *fixofilina* transportadas hasta su cubil sin el menor riesgo para las huestes del poderoso Karl Busse... ¡Malditos sean todos! Y nosotros jugándonos la piel... ¡en la más completa ignorancia!

—Creo que estás en lo cierto, Law —agregó Dale Westaco—. El detector de proximidad marca el rumbo del cuerpo móvil; y ese rumbo... ¡viene directo a la astronave!

—No hay dudas. Preparaos para recibirlos. Dentro de unos segundos delatarán sus intenciones valiéndose del control radio-óptico. No tendremos más remedio que responder a su llamada. ¡Ted López se llevará una sorpresa!

—¿Supones que acudirá en persona?

—Seguro. ¿Te das cuenta de su juego, Dale? No podía acompañarnos en el carguero porque el Código de Espacio-transporte impide la admisión de pasajeros; pero en virtud de su desconfianza, estuvo siguiéndonos con el cohete rojo desde que abandonamos el Grupo de Hilda. Una persecución con todas las características de inflexible vigilancia, ¿comprendes? Si las patrullas de la Policía Cósmica nos hubiesen interceptado, habría desaparecido como una centella sin el menor compromiso para él. Ahora bien. En el caso contrario, considerando que nosotros contábamos con la facilidad de traicionarle, las armas de su cohete lo habrían impedido de dos disparos. De cualquier modo nos tenía seguros... y él permanecía a la expectativa. ¡Valiente granuja!

—¡Valientes tontos, diría yo! —rezongó el pelirrojo Westaco—. Y me refiero a nosotros, naturalmente. ¿Qué nos pasa de un tiempo a esta parte, Law? Atraemos los conflictos... ¡y no obtenemos el mínimo provecho de ellos!

Aunque no era su intención ofender a la bellísima Ruth, Westaco terminó sus lamentos dirigiéndole una rápida mirada de soslayo. Ella la interpretó enseguida, y no pudo ocultar la tristeza que el conocimiento le producía.

—Quizá... os traigo mala suerte —susurró—. En cierto modo, yo soy la culpable de que...

—¡Oh, no, Ruth! —se apresuró a rechazar Westaco—. No he

pretendido…

—Habéis elegido un mal momento para empezar con discusiones —interrumpió Law Baxter enérgicamente—. Además, tú no tienes la culpa de nada, Ruth. Nos persigue la desgracia. Eso es todo. Pero esa desgracia empezó en Ceres, en el planetoide, cuando nos desplumaron como a un par de bisoños… y entonces aún no te conocíamos. ¡Basta de palabras! —añadió—. El detector de proximidad se ha detenido en el tope visual. Esto significa que por la telepantalla de observación cosmológica es posible observar el objeto detectado. Bien, amigos. ¡El cohete rojo se encuentra a la vista!

—¡Llaman! —declaró en tan preciso momento Dale Westaco—. ¡Un mensaje radio-óptico!

—¿A qué esperas, zanaho… muchacho? ¡Conecta!

Mientras el pelirrojo le dedicaba una aviesa mirada por el familiar calificativo de *zanahoria* que Law estuvo a punto de pronunciar, alargó la diestra y estableció contacto videosónico. Los dos espacionautas y camaradas de aventuras, acordaron no volver a tratarse con su regocijante libertad desde que Ruth Morgan entró a formar parte de sus vidas. En realidad, Westaco era un tímido incorregible ante las mujeres pese al hercúleo aspecto de su mastodóntica persona.

La pantalla se iluminó, y en ella apareció el rostro siempre sonriente de Ted López.

Moreno, bien parecido, de cabellos negrísimos y ojos audaces, su primera mirada fue para Ruth, quien se esforzaba en no delatar las encontradas emociones que traspasaban su ánimo.

—¡Hola! —saludó con alegre desenvoltura—. A sus pies, señora Baxter. Volvemos a vernos, caballeros. El milagro se ha realizado.

—Creo que no existe tal milagro, López —gruñó Law—. Usted sabía positivamente que acudiría a la cita cósmica. Bien pudo decirlo, en lugar de andarse con tantos… misterios.

—Me encantan los misterios. Y las sorpresas. ¿A que les he sorprendido?

—Yo también le reservo otra sorpresa —contestó Law con suave ironía.

—¿De veras? ¡Qué extraordinario! Hábleme de ella…

—Después. Es personal. Venga cuando quiera a retirar la mercancía… La tengo dispuesta para entrega.

—¿Todo en perfecto orden?

—Todo. Transbordaremos el protoactinio hidrogenado a su nave… y saldaremos la deuda.

—Descuide —sonrió López, creyendo que se refería a la cantidad pendiente—. Traigo el dinero prometido. Me gusta la “Transpace Inc”, capitán. Por mi parte, no tendría inconveniente en continuar las relaciones. ¿Qué responde?

—Eso hay que meditarlo. La ruta de Júpiter no me entusiasma.

—Conforme. Medítelo. Estaré con ustedes dentro de diez minutos. Corto.

La conexión radio-óptica quedó interrumpida. Incapaz de contener su excitación ni un segundo más, Westaco estalló en denuestos contra el jovial aventurero.

—¡El muy sinvergüenza! —rubricó—. ¡Nos habla como si no tuviese la menor mancha en su conciencia!

—Déjale. Se considera muy listo. Por fortuna, el espacioviaje ha sido realmente tranquilo; aunque no le perdono la jugarreta. Me moriría de repugnancia hacia mí mismo si no le obsequiase con el puñetazo prometido.

—¿Y después? —inquirió Ruth ligeramente pálida.

Law se volvió hacia ella, resuelto.

—Después… hablaremos de las nuevas condiciones. El mal ya está hecho y nada existe capaz de remediarlo. Naturalmente, mis negocios con López y su omnipotente jefe Karl Busse, han terminado. ¡Que Dios los confunda a ambos! Pero sería estúpido desaprovechar la ocasión. Nos hemos metido en el lío para salvar a “Transpace Inc” de la ruina. Aunque tú hayas temido lo contrario, Ruth, no has sido nuestra influencia maléfica. Quede bien sentado. Aceptamos el trabajo para evitar la quiebra fulminante. Ahora es llegado el momento de resarcirnos con creces… ¡Ted López pagará lo que le pidamos! El protoactinio que nosotros admitimos a ciegas no vale nada; pero el cargamento de *fixofilina* que encierra la bodega… ¡vale millones! ¿Alguna pregunta, Westaco?

—Ninguna. ¡Estoy de tu parte! ¿Cuánto piensas pedirle?

—Cien mil. Y no lo pediré… ¡voy a exigírselo! No le queda otra escapatoria. Paga… ¡o arrojo la droga al espacio! Él tiene muchísimo más que perder que cualquiera de nosotros tres. ¡La sorpresa le quitará el habla por una temporada!

—Seguro. ¿Manos a la obra, Law?

—Sí.

—¿En qué puedo ayudaros? —se ofreció la temblorosa Ruth.

—La mejor ayuda consiste en no intervenir, Ruth. López se presentará acompañado por los tipos de su cohete. He oído hablar mucho de los contrabandistas del espacio y sé que en sus filas tienen cabida cuantas gentes sin escrúpulos les ofrecen sus servicios. Apátridas, desterrados, soldados de fortuna, criminales de todo género… Quizá se arme un buen alboroto. Imagino que la gresca de la *Estelar Tavern* será una canción de cuna comparada con la que nos espera. Ante semejante perspectiva no puedo sentirme tranquilo respecto a tu suerte. Bien es verdad, que yo trataré de evitar el estallido. Es mi intención atraer a López hasta la nave… solo. Pero

todo depende de que pique en el cebo. Si huele algo raro, no aceptará. Prefiero que te retires a los dormitorios. Allí estarás a salvo.

—Pero yo…

—Por favor, Ruth. No me gustaría ordenártelo. Soy el capitán del carguero.

—También eres… mi marido.

Law Baxter, asombrado, contempló a la hermosa muchacha con una sonrisa de agradecimiento dibujada en la boca.

Sí. Era su esposo. Un esposo accidental. En el bolsillo guardaba el certificado de matrimonio otorgado en Hilda por el Procurador Tipper. Ante toda la extensión cosmológica de la Confederación Terrestre eran marido y mujer.

Pero, junto al certificado, guardaba también el contrato privado firmado por ambos mediante el cual se comprometían a invalidar el enlace y solicitar la disolución nada más llegar a Marte. Ruth debía regresar a la Tierra tan soltera como salió de ella.

Sin embargo, la voz y —especialmente— el acento cálido de sus palabras, casi hacían presumir un suceso inusitado. Claro que, en buena ley, Ruth sólo pretendía ofrecerles su ayuda por amistad. No cabía otro sentimiento en su corazón.

—Lo soy —aceptó Law, reponiéndose de la indecisión—. Un marido decorativo. Eso no significa demasiado.

—Tengo miedo, Law. ¡Estoy aterrada! No me preguntes la razón. Si algo ha de ocurriros a vosotros… ¡yo deseo correr la misma suerte!

—¡Oh, Ruth! No seas chiquilla. Recuerda que te corresponde permanecer al margen de la cuestión, porque… porque tú sólo eres una pasajera. El matrimonio que convinimos de mutuo acuerdo representa una garantía legal para que viajes en la astronave. No tiene mayor alcance.

—Quizá *no lo tuvo* cuando salimos de los planetoides; pero ahora sí. He convivido con vosotros. Compartido la comida, el descanso, el tiempo… Bueno; yo os… os aprecio sinceramente a ambos.

—¿Aprecio nada más? —sonrió Dale Westaco, que permanecía apoyado de espaldas en un rincón de la cámara—. Me está pareciendo, Ruth, que…

—¡Cállate, pelirrojo! —atajó Law—. Así evitarás decir tonterías…

—¿Y si no fuesen tonterías, Law?

La pregunta había partido de boca de Ruth. De sus labios coralinos e invitadores. Toda ella, sofocada por la latente insinuación, ardía como una brasa viva.

Law, sin borrar la primitiva sonrisa que el calidoscopio de nuevos sentimientos transformaba de agradecida en admirativa, siguió contemplándola fijamente. Le daba vértigo pensar en algo tan maravilloso que se resistía a ser descrito.

—Sé bien lo que experimentas —trató de disculpar—. Hilda era para ti una especie de destierro perpetuo. Nosotros te brindamos la oportunidad de liberarte… Deseas pagarnos el favor…

—No hables como un comerciante, Law. Nada de pagos. A Dale y a ti os considero… igual que de la familia. ¡Dejadme aportar mi granito de arena! Lo que ahora cuenta es el corazón; no el interés.

—¿Por qué no permitírselo, Law?

—¡Diablos! —gritó el aludido—. ¡Porque no tenemos derecho a ello! ¿Es que todavía no has comprendido que López deseará recuperar la *fixofilina* a toda costa? Mi puñetazo no va a detenerlo. Al contrario. Le exasperará. Y la exasperación subirá de punto, cuando le restriegue por la cara mis estruendosas condiciones. ¡Cien mil por un cargamento que él considera pagado arrojándonos cuatro billetes grandes! Habrá jaleo. No se te ocurra esperar dulzuras. Y si se produce el jaleo… ¡quiero que Ruth permanezca a cubierto!

—Hay algo más. Otras razones. ¿Cuáles son, Law? —inquirió ella.

—¿Y me lo preguntas? —dijo el joven—. Ya conoces la razón. También yo… Bueno. Hablando claro. Para mí eres… eres como de la familia. Esperabas la confesión, ¿verdad? ¡Pues intento protegerte!

—¿De la familia?

—¡Sí!

—Eso lo dije yo antes.

—Lo que demuestra que estamos de acuerdo.

—Pero, a pesar del acuerdo, a los dos os falta agregar otras cosas —sonrió Westaco—. Creo haberos prevenido que no es bueno jugar con fuego. Tarde o temprano, acaba uno quemándose… ¿Busco los hiperextintores?

—¡Oye, pelirrojo…!

—No hay tiempo para oír nada. Lo siento. ¡Fíjate en la cosmopantalla! —la señaló con el índice extendido—. ¡Han llegado, muchacho!

En efecto. El cohete rojo que encerraba la tripulación de contrabandistas encabezada por Ted López, acababa de detenerse —inmóvil en el espacio— a menos de diez metros del carguero plateado. Los chorros gaseosos que fluían de sus instrumentos para obtener la estabilización tangencial se mezclaban, formando una niebla circular que gravitaba en derredor de las naves, con los que escapaban de la espacionave de transporte.

La cita iba a convertirse en realidad. Cincuenta espaciomillas al norte de Callisto —el hermoso satélite de Júpiter— tres terrícolas hasta poco antes ajenos a la aventura que les aguardaba, entrarían en contacto con la pandilla de delincuentes. Y todo ello —imparcialmente juzgado— por una lamentable noche de diversión que Law y Dale pasaron en el planetoide Ceres para evitar los nefastos efectos de la

espaciolisis, la terrible enfermedad que destruye a los astronautas.

—No tardarán en demandar el acceso a bordo —añadió Westaco, sin apartar la vista de cuanto reflejaba la cosmopantalla.

—Conforme. Vayamos a recibirlos —decidió Law—. Los malos tragos han de beberse rápido. Por favor, Ruth… —se volvió hacia ella —. No me crees conflictos, te lo suplico. Habrá tiempo para hablar de lo nuestro más adelante. Supongo que…

—Dime, Law.

—… Que los dos nos estamos comportando un poco a la ligera. Reflexiona. Los días vividos juntos serán inolvidables, no lo dudo. Pero tu deseo es regresar a la Tierra. Dejándose llevar por inclinaciones momentáneas, se cometen grandes errores.

—Entendido —Ruth inclinó la cabeza—. Os deseo suerte a ambos.

—Gracias, Ruth —dijo Dale Westaco, comprensivo.

—No abandones la habitación… suceda lo que suceda. Éste es un asunto de hombres. Y ahora… ¡vamos, Dale! Afrontemos el encuentro. ¡Ardo en deseos de encararme con López!

CAPÍTULO II

LA SORPRESA MAYOR

Curioso de veras, Ted López, presentándose en el lugar de la cita, esperaba sorprender a Law Baxter. Le suponía todavía ignorante de que los falsos bloques de protoactinio hidrogenado contenían, en realidad, una cantidad impresionante de *fixofilina* en polvo.

Law, por su parte, también esperaba sorprenderlo al aplicar a su barbilla un buen golpe. Como remate, sus declaraciones y la petición de tan respetable suma, bastarían para anonadarlo. ¡Un desquite ruidoso!

Dos sorpresas. He aquí la salsa de la cuestión.

Pero —¡y lo ignoraban todos completamente!— una tercera sorpresa flotaba en el aire, acercándose velocísimamente al punto espacial de reunión. Una sorpresa que, por contraste, resultaría la mayor de cuantas imaginaban en su fuero interno. ¡Los anularía con rotunda ferocidad!

Law Baxter y Dale Westaco descendieron a la cámara de recepción de la astronave y el primero de ellos accionó los controles de la compuerta central.

Se habían acoplado yelmos supletorios y vestían livianos equipos interplanetarios. Mientras durase la maniobra de abordaje sideronáutico, la abierta compuerta los mantendría en contacto directo con el espacio puro. Necesitaban, pues, hallarse debidamente resguardados de los peligros cosmológicos, así como abastecidos de oxígeno.

Frente a ellos, separados por la breve distancia, vieron también a los hombres de López embutidos en sus equipos extragalácticos, aguardando el instante de *saltar*. Law no se equivocó respecto al cohete. De hecho, y pese a su apariencia de carguero ligero, se trataba de una espacionave de combate.

Las pulidas superficies, lisas e inocentes de aspecto, ocultarían secciones corredizas tras las cuales se enmascaraba el armamento autodirigido. Un vehículo espacial superveloz, temible y seguro, tal como correspondía a su condición de nave contrabandista.

Desde la abierta compuerta les dedicaba amistosos saludos un grupo integrado por casi veinte hombres... no todos humanos, ciertamente. Lo más ínfimo y sucio de las razas espaciales tenían adecuada cabida en el ejército que capitaneaba López y mandaba a distancia, con la pericia de un cruel general, el poderoso Karl Busse.

Valiéndose de su *parlolux* para telecomunicar por pulsación

lumínica —ya que el sonido no se propaga en el vacío infinito del espacio— Law explicó:

—Voy a lanzarles un par de cables magnéticos. ¿Será suficiente, López?

—Sí —contestó Ted por el mismo procedimiento clavelumínico—. Iremos pasando uno tras otro.

—No hace falta que se molesten. Mis servomecanismos trasladarán los bloques a bordo del cohete.

—Es una operación delicada. Prefiero confiar la descarga a las manos orgánicas en vez de fiarla a los robots.

—Descuide. Mis máquinas han sido construidas para estos menesteres. Diga a sus hombres que aguarden un momento... y cruce usted, López. Me gustaría charlar cinco minutos antes de cerrar el trato.

—Creo que el trato ya fue cerrado en Hilda, ¿no? Le entregaré los dos mil restantes, los cuales, unidos al anticipo, completan el precio convenido.

—Hablaremos de viva voz. Westaco va a mandarle los cables. Hasta ahora.

—Un momento. ¿Qué le pasa, Baxter?

—Nada. Excepto que, como a usted, me encantan los misterios... y las sorpresas.

Law dejó de pulsar el resorte del *parlolux* y quedó interrumpida la comunicación en clave luminosa.

Desde el cohete, un tanto extrañados, los contrabandistas dirigían curiosas miradas a los dos hombres. Todos ellos sabían que la *fixofilina* valía un millón de veces su peso en uranio. Ted López, sonriendo dentro del yelmo vítreo, se encogió de hombros y entregó el instrumento a su lugarteniente, un tal Weroy. No hubo comentario al encogimiento de hombros.

Dale, arrastrando el lanzacables portátil hasta el borde de la cámara, apuntó un momento e hizo dos magnetodisparos sucesivos.

Algo semejante a una doble raya fosfórica cruzó el espacio cegadoramente, y los extremos se adhirieron sólidamente al fuselaje del cohete rojo. Mientras durase la inducción electromagnética, nada sería capaz de desprender los cables.

Por ellos —sencillamente gracias a la ingravidez— salvaría Ted López la distancia que le separaba del carguero de la “Transpace Inc”. Y al penetrar en el carguero... ¡empezaría la sorpresa!

Ted indicó algo a Weroy por señas, acaso empleando un sistema especial basado en mímica y acción. Luego, siempre risueño, afianzó los pies calzados por pesadas botas en el cable inferior y asió con las manos el superior. Lentamente, ayudando sus pasos con el juego de manos, avanzó sobre la sima inconcebible del abismo cósmico abierto

a sus pies.

Cinco minutos más tarde, tranquilo como quien acaba de sorber un combinado, se halló pisando las planchas superduras de la cámara de recepción. Westaco, en silencio, desconectó el lanzacables.

Las rayas fosfóricas se replegaron hacia la nave, privando a los demás de utilizar el medio de traslado.

Law accionó la compuerta... ¡que se cerró a espaldas del contrabandista!

El espacio negro —sólo taladrado por los haces de luz de los proyectores externos y el parpadeo irreal de las incontables constelaciones del sector jupiteriano— desapareció de su vista, borrado rápidamente. La luz interna inundó la estancia. Zumbaron los conductos de oxigenación, impartiendo gas respirable para los terrícolas. Ted López, desajustando los cierres de su yelmo, lo echó hacia atrás. Una sonrisa atractiva curvó sus labios, al decir:

—¡Hola, amigos! Les confieso que esto tiene todo el aspecto... de una encerrona.

Pero lo dijo plácidamente.

Law y Dale se despojaron igualmente de los protectores.

Eran ya innecesarios, puesto que la astronave volvía a permanecer herméticamente cerrada y la cámara se encontraba inundada de oxígeno en la proporción adecuada para ser inhalado.

—Hasta cierto punto, lo es —replicó Law, aproximándose al recién llegado.

—¿Su sorpresa? —preguntó Ted con ligera ironía.

—No.

—Mejor. Me habría decepcionado... porque la considero francamente vulgar. Reteniéndome aquí, apartado de mis camaradas, no va a conseguir nada. Se lo advierto. He tomado precauciones antes de abandonar el cohete. Quince minutos constituyen mi plazo, Baxter. Transcurrido ese tiempo... actuarán por la fuerza. Si le ha tentado apoderarse del protoactinio, le aconsejo que desista de su idea. Venimos preparados para afrontar cualquier eventualidad. ¿Tiene algo que añadir?

—Sí. Muy poco... porque usted lo ha dicho casi todo.

—¿Qué es ello? ¿Puedo saberlo?

—¡Esto!

El puño derecho de Law, cerrado con firmeza pétrea, salió disparado recto al mentón del aventurero. ¡Elocuente respuesta!

El seco y matemático impacto, pillándolo enteramente desprevenido, le alcanzó en la punta de la barbilla, echándole la cabeza hacia atrás con violencia. Sin poderlo evitar, reciamente conmocionado, López fue derribado de espaldas cuan largo era.

—¡Buen puñetazo! —sonrió Westaco.

—Gracias, zanahoria. He cumplido mi promesa.

—¡A fe que sí, Law! Lo tenía bien merecido, desde luego —suspiró de gozo—. Mira. Es fuerte el hombre. Ya da señales de vida. Espero que en lo sucesivo piense las cosas antes de decidirse a embaucar en asuntos sucios a las personas decentes.

López, acariciándose la mandíbula con una mano, logró sentarse en el suelo. Parecía perplejo, pero no abatido. Había fibra de luchador en su cuerpo.

Sus ojos negrísimos, desafiantes, buscaron los de Law, que seguía de pie, puños en ristre y la guardia cerrada. Con un movimiento de cabeza, se echó atrás los mechones de cabellos sueltos sobre la frente. Después, sin alzar el tono de voz, masculló:

—No estoy acostumbrado a encajar esta clase de recibimientos, Baxter. Tendré que darle una lección.

—Antes va a escuchar unas cuantas verdades.

—Sea breve, por favor. Mi sangre latina está hirviendo de deseos... Su bellísima esposa no le reconocerá después de que hayamos jugado a vapulearnos. ¡Qué pena!

—Acepto el reto. Pero grábese esto en el cerebro, López: ¡Es usted un puerco embustero!

—Bien.

—¡Y un despreciable contrabandista!

—Bien, de nuevo.

—¡Trafica en *fixofilina*!

—¡Oh! —López, siempre seguro de sí y sonriente, comenzó a incorporarse—. ¡Qué noticia! ¿Quién le enseñó el escondrijo de los bloques?

—Mi bellísima esposa.

—Vaya. Hermosa e inteligente —sacudió la cabeza para aclarar el embotamiento—. Pues, sí. Es cierto, Baxter. Karl Busse y yo nos dedicamos al contrabando... y no nos va mal hasta el presente. ¿Le satisface oírlo? Pero la culpa de haberlo elegido no es enteramente mía. Ustedes lo dijeron al intendente Harper que transportarían cualquier cosa... con tal de no morirse de hambre. Y Harper me lo transmitió sin quitar ni una coma. No quise perder la oportunidad. Por ello, decidí utilizarles para enviar el cargamento a Callisto. La explicación aclara sus dudas, ¿no?

—A medias. ¿Por qué ocultó la naturaleza del envío?

—¡No sea infantil, capitán! ¿La habría revelado usted en mi caso?

—Entendido —Law, acaso contagiado por la flema de López, depuso su actitud hostil—. Lo pasado, pasado está. Hablemos del presente. La *fixofilina* ha llegado a Callisto. La casualidad nos convierte en socios, López. Cien mil es el precio que exijo por...

Ted López sonreía con candor. Nada en él presagiaba una acción

violenta. Incluso, dejándose ganar por las apariencias, se habría dicho que aceptaba con resignación el desenmascaramiento y el puñetazo recibido.

Pero, de pronto —saltando con portentosa agilidad— descargó un izquierdazo perfecto en pleno rostro de Law. ¡Empate a golpes!

El joven se tambaleó. El puñetazo habría bastado para derribar a otro terrícola que no poseyera las envidiables condiciones físicas de Law. Con él, gracias a su reciedumbre y flexibilidad, apenas alcanzó a moverle un par de pasos.

—Empieza la lección —sonrió Ted López—. Dispóngase a...

—¡Usted no va a enseñar a nadie, granuja! —atajó el irritado Westaco, iniciando un movimiento ofensivo—. Quien se atreve con Law... ¡tiene que pasar antes por encima de mi cadáver!

—¡Quieto! —ordenó el capitán—. No te mezcles en la pelea. Me entusiasma la idea de recibir lecciones.

—Pero...

—¡Échate a un lado! Es cuestión personal entre el amigo López y yo.

—No desespere —rió Ted, que danzaba felinamente sin dejar de mover los grandes puños—. Cuando termine con su patrón, la emprenderé con usted, cabeza roja. ¡Guardo dinamita para ambos!

—No hable tanto, López... ¡Y cúbrase mejor!

Law se lanzó al ataque. Lo hizo con su habitual furia fría y técnica ofensiva. Cuantos lo conocían íntimamente, no habrían apostado por López ni un octavo de *cosmolón*, la medida monetaria genérica del espacio. Sin embargo, el aventurero también era adversario curtido en lides azarosas. La pelea sería de epopeya.

Torciendo el cuerpo, habilísimamente, Ted se zafó de la presa occipital que Law le destinaba. Al mismo tiempo —ante la creciente ansiedad de Westaco— proyectó sus manos entrelazadas en un golpe giratorio... ¡y alcanzó a Law en la frente!

El impacto sonó con chasquido fofo. No llevaba demasiada potencia aunque aturdió momentáneamente a Law y le obligó a deshacer la guardia.

Aprovechando el claro abierto en las defensas, Ted disparó un *uppercut* con la izquierda y, calculándolo precisamente, un *swing* rápido de derecha... ¡que envió al capitán al otro extremo de la sala! ¡Un moratón violáceo se pintó en su pómulo!

—¡Law! ¿Qué te pasa? —gritó el pelirrojo—. ¡Abandona esa idiota parálisis! ¡Atízale fuerte!

El contrabandista atacó sin perder una fracción de segundo. Estaba en su ánimo, seguramente, la idea de acorralarlo contra la pared y machacar sus huesos hasta reducirlos a pulpa. Law, venciendo la sorpresa y la desorientación momentánea, buscó el cuerpo a cuerpo.

Antes de que llegase, saltando de costado, se arrojó sobre él. La punta del hombro entró en contacto con el pecho de Ted... ¡que resistió el empuje lo mismo que una sólida montaña asteroidal enteramente de diamante!

Law, jugando las piernas, lo apresó por detrás de las rodillas. Aunque López consiguió deshacer la tenaza de sus brazos potentes, no pudo esquivar la doble zancadilla. Cayó en falsa posición, de espaldas... ¡y Law lo aprisionó por la garganta con una feroz *Nelson*!

—¡Bravo! —exclamó Westaco—. ¡Rómpele el cuello!

Sí. Hubiese podido hacerlo... contando con que Ted se lo permitiera, claro. Y Ted —lógica pura— no se lo permitió.

Para desembarazarse de la presa, agitó la cabeza igual que una maciza campana. La nuca golpeó a Law encima de la nariz... ¡y el testarazo le llenó los ojos de lágrimas! Un resoplido escapó, a su pesar, por entre los apretados dientes.

Anhelando reponerse del dolorosísimo golpe, soltó el cuello y cañoneó los riñones de Ted con las rodillas. Un gruñido sordo delató que había obtenido fruto en tan vulnerable punto. Mientras ambos, jadeantes y desgreñados, pugnaban por incorporarse para reanudar el encuentro con superada ferocidad, el carguero sufrió una sacudida violentísima que estuvo en un tris de volver a lanzarlos a tierra. ¡Algo que recordaba un brusco supercabeceo! Y en el espacio... ¡los cabeceos se pagan con la destrucción!

Las paredes de grueso blindaje extra retemblaron y la astronave entera, como zarandeada por una mano gigante, se estremeció. No hubo sonido alguno. El silencio es una maldición en el espacio. Aunque —especialmente para Law— no le cupo la menor duda respecto a la naturaleza del fenomenal vaivén. ¡Un proyectil protocobáltico había cruzado casi rozando el carguero!

La endiabladamente fortísima onda expansiva logró anular a los cohetes de estabilización tangencial... ¡y habría logrado precipitarlos en el Cosmos infinito de interrumpir por más tiempo la gravedad artificial autocreada por los instrumentos de a bordo!

Se hallaba demasiado atareado riñendo a brazo partido con López para enfrascarse en hipótesis mentales. No obstante lo cual, de un modo subconsciente, rezongó:

—¿Qué... qué fue eso, Dale?

—¡El infierno me trague si lo entiendo!

—¡Mis hombres, caballeros! —exclamó Ted—. Cuando haya expirado el plazo los...

El esfuerzo de hablar en plena tensión luchadora, tuvo para él un nefasto resultado, puesto que desvió fugazmente su atención del némesis humano que le acosaba sin cesar. Law, firmes las botas en el suelo, accionó los brazos sabia y duramente. Las manos extendidas

descargaron tres golpes rabiosos. Nuca, epigastrio e ingle.

López se dobló igual que un muñeco multiarticulado. Era fuerte. Musculoso y tan endurecido como Law. Por ello, antes de que se desplomase totalmente, y para rematar la obra a conciencia, envió su puño derecho contra la apolínea nariz del contrabandista y la aplastó literalmente al chocar los nudillos. ¡El noventa por ciento del triunfo pasaba ahora a favor de Law!

Un simple cruzado a la cara, aprovechando su favorable situación combativa, hubiese bastado para terminar con el adversario. Law Lo sabía. La lección que esperaba administrar acababa de recibirla con creces y de una forma que no olvidaría con facilidad. Pero entonces, cuando se disponía a dejarlo knock-out sin grandes dificultades... ¡se repitió la sacudida anterior con redoblada violencia!

Los tiros de sus puños fallaron por cuestión de milímetros. El impulso corporal le obligó a perder el equilibrio. Ted López, igualmente, cayó de bruces. Dale Westaco, tratando de asirse a la pared, quedó de rodillas maldiciendo entre dientes.

La nave toda, de popa a proa, osciló peligrosamente. ¡De seguir el bombardeo de aviso acabarían destruyendo el campo de gravitación artificial! ¡No quedaría otra cosa que partículas microscópicas flotando en el espacio!

—¡Locos! —barbotó el pelirrojo—. ¿No se dan cuenta de que este juego terminará con el carguero?

—Quizá López les dio instrucciones demasiado duras —gruñó Law—. ¡Perderán todo el cargamento de *fixofilina*!

—¡Al diablo la droga! Son nuestras vidas lo que importa, Law. ¡Hay que hacer algo para impedir que nos desintegren!

—¿Oye eso, López? ¡Ordéneles cesar el fuego!

Ted López, mordiéndose los labios para sofocar los quejidos y pálida la faz como la de un cadáver, empezaba a ponerse trabajosamente de pie. Como renunciando por deseo tácito a continuar la pelea, alargó sus manos a Law y rogó:

—Ayúdeme... capitán. Me siento molido. Basta por hoy de lecciones...

—Ha tenido suficiente, ¿no?

—Seguiremos en... en otro momento. Es usted un pésimo discípulo —sonrió a duras penas—. Y le aseguro una cosa: No dije a mis hombres que disparasen tan cerca. Solo propuse que los asustasen. Esto... esto se pasa de la raya.

Law y Westaco —siempre a la expectativa— le prestaron su apoyo personal. Nada ocurrió. La lucha quedaba relegada hasta ocasión más propicia.

Jadeantes, nerviosos y doloridos, Law y Ted se miraron a los ojos sin rencor. El intercambio de golpes, lejos de irritarlos, parecía haber

contribuido a calmar sus enojos y a despertar mutua admiración entre sí. Ahora, ambos se conocían mejor.

Espacionavegante y contrabandista midieron sus fuerzas y, aunque la partida quedó en unas honrosas tablas, la inminente victoria de Law Baxter todavía flotaba en el ambiente

—El vaivén ha sido terrible —añadió López—. No creo que Weroy, mi lugarteniente, haya perdido la cabeza… Llévenme a un sitio desde donde pueda enviarle un mensaje radio-óptico.

—Vamos —repuso Law.

—Un instante.

—¿Qué tripa se le ha roto, López? —interrogó Westaco—. ¡Hay que darse prisa!

—Antes, preferiría dejar bien sentadas nuestras respectivas posiciones. ¿Qué sucederá con el cargamento? Contésteme usted, Baxter.

—Cien mil es el precio. Todo un regalo, amigo. Porque mis declaraciones le causarían infinitos conflictos de llegar a oídos policiales…

—¿Por qué no lo dejamos en… la mitad? Le daré cincuenta mil en el acto. Usted me entrega la *fixofilina*… y desaparece de mi vista. Nunca nos volveremos a ver. “Transpace Inc” habrá obtenido la inyección de vitalidad que necesitaba para no agonizar…

Otra sacudida horrible. Ted, acaso el más débil de los tres, chocó con Westaco y si ninguno de los dos cayó al suelo, fue porque Law los atrapó a ambos, sujetándolos enérgicamente. ¡Aquello rozaba ya los límites de lo enloquecedor!

La ausencia de sonidos procedentes del exterior aportaba un extraño clima amenazador a la intensa situación por la que atravesaban. ¡Si al menos hubiesen captado los estampidos…!

Pero, no. Sin previo aviso, silenciosamente… ¡la nave se bamboleaba con una brutalidad que resultaba indescriptible! ¡Peor que un barquichuelo terrícola atrapado en plena galerna oceánica!

—Bien —resumió Law—. ¡Trato hecho! No discutamos… ¡o ésta será nuestra última visita al espacio!

—Andando —subrayó el pelirrojo—. Mejor dicho… ¡corriendo!

Y corrieron, en efecto, hasta el elevador más cercano. Una vez en el cono, a punto de irrumpir en la cámara direccional, Ruth Morgan —que al parecer se mostraba incapaz de permanecer más tiempo en sus habitaciones pese a la orden tajante de Law— llegó por uno de los corredores de comunicación. Al verlos, dominada por viva excitación, se lanzó en brazos de Baxter.

—¡Vamos a perder la estabilidad! —gritó—. ¡Oh, Law, tengo miedo! ¡Es el fin!

—Cálmate. Son los camaradas de López… que han confundido

una advertencia suave con una fiesta de teleproyectiles por todo lo alto. Ahora les ordenará...

—¡López!

—El mismo, señora Baxter. ¿No me había reconocido? Acaso me encuentra un poco... impresentable. Como decimos en la Tierra... tropecé con una puerta al cruzar una habitación a oscuras. Discúlpeme.

—Acompáñalo a la radiovisora, Dale.

—¡De mil amores!

Entretanto cumplía la indicación, Law bajó la vista hasta posarla en los bellísimos y desorbitados ojos de Ruth. Azules, grandes, expresivos, ahora se veían empañados por la humedad y las lágrimas titilaban en las puntas de las rizadas pestañas.

Se hallaba —y era obvia su declaración— profundamente aterrada por los acontecimientos. Su abrazo, instintivo al principio, era una verdadera necesidad, porque como cualquier mujer, buscaba protección y refugio en el hombre amado.

Amado... Un rayo de lucidez, brutalmente revelador, traspasó el cerebro de Law y le hizo ver claro.

No existía teatralidad o rebuscamiento en su acto. Era amor. Sincero cariño lo que sentía por él. La etapa de amistad, podían relegarla al olvido.

A pesar del apuro en que se encontraban, experimentando un increíble gozo, el joven la estrechó contra su pecho.

—¡Ruth! —musitó.

—No me abandones, Law... ¡Presiento que algo catastrófico nos aguarda!

—Confía en mí. Y... y gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué me las das?

—Por esa mirada... y por este abrazo. He comprendido la verdad. Yo... yo creo que también te amo. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Eh, Law! —llamó Westaco gritando nerviosamente—. Echa una ojeada a la cosmopantalla... ¡Hemos firmado nuestra sentencia de muerte!

Los dos enamorados volvieron la vista hacia el lugar que el pelirrojo señalaba. ¡Horror de horrores! La visión telecósmica ofrecía un espectáculo alucinante y fantástico, porque... ¡porque el cohete rojo libraba salvaje batalla contra una astronave de la Policía sideral!

Las patrullas de la Ley Espacial habían descubierto a los contrabandistas en el punto de la cita... ¡sorprendiéndolos con las manos en la masa!

Aquello aclaraba rotundamente el origen de los misteriosos zarandeos. El cohete y la astronave se disparaban a distancia, poniendo en acción toda la potencia de sus respectivos armamentos y

valiéndose de las ondas desviatorias para impedir que los proyectiles alcanzasen el blanco. ¡Un cuadro inverosímil de desbordante apoteosis bélica!

Largas estelas luminosas cruzaban el espacio negro, describiendo fantasmales parábolas al ser desviadas por los campos de rayos protectores. Por ello, los protocohetes cobálticos estallaban en todas direcciones y las ondas concéntricas sacudían a las naves igual que frágiles pajuelas a la deriva.

La batalla debía hallarse en su punto culminante, desbordándose en salpicaduras de muerte *sin ruido* en medio de la grandiosidad del sector interestelar que ofrecía el fondo astral de Callisto, Ganymede, Io, Europa y sus restantes hermanos que completaban el número de satélites.[2]

—¡No nos atraparán! —rugió Ted López, accionando los controles de radiovisión—. ¡Mensaje de proximidad a Weroy…! ¡Escucha, muchacho…! Soy López… ¡Contéstame…! Cambio y paso a la recepción.

Ruth, trémula, se cubrió el rostro con las manos. ¡La Policía Cósmica acababa de localizarlos! ¿Qué ocurriría cuando descubriesen el carguero de Law y los bloques de protoactinio hidrogenado? ¡La *fixofilina* los llevaría a la aniquilación en una penitenciaría espacial!

—¡Contesta, Weroy! —vociferaba Ted ganado por la excitación—. ¡Cambio!

Débil, quizá motivado por los insoportables movimientos que agitaban el cohete rojo, llegó la voz y la imagen del demudado lugarteniente. Sus pupilas inquietas delataban el pavor que le poseía, cuando respondió:

—¡Ted! ¡Es una nave-patrulla policial!

—¡Ya lo veo, imbécil! ¿Cómo os dejasteis sorprender?

—Se presentó con la rapidez de una centella. ¡Sólo tuve tiempo de dispararle la carga de los tubos de popa…! Eso le frenó un tanto… ¡Pero se han propuesto destruirnos sin contemplaciones! Creo que alguien dio el soplo… No me explico de otra forma su seguridad en encontrarnos… ¡Maldita sea su alma!

—Mala suerte… Tratad de contenerlos… ¡como sea! Nosotros buscaremos refugio en cualquier satélite próximo… Lo siento, Weroy… Te ha tocado la negra… ¡porque la *fixofilina* no debe caer en su poder!

—No resistiremos, Ted… ¡Palabra!

—¡Aumentad las andanadas y espesad la cortina de ondas desviatorias!

—Sus armas anularán a las nuestras dentro de pocos minutos… ¡Nos superan en todo!

—¡Intentadlo!… Es una orden… Cubridnos la retirada con niebla química *volten*, para que no nos asaeten a zambombazos… Si

escapamos de ésta, ya me ocuparé de vosotros... ¡Buena suerte!

—¡Oye, Ted, no...!

López cortó la teleconexión de un seco ademán. Su rostro, pálido y crispado, mostraba contrariedad e inquietud. Sonrió, esta vez, con verdadero esfuerzo.

—Ponga en marcha este cacharro, Baxter. ¡Hay que salir de la trampa antes de que sea demasiado tarde!

—Le recuerdo que es un carguero... ¡No tenemos armas y carecemos de velocidad para...!

—¡Conforme! —atajó—. ¡Eso ya lo sé! ¿Prefiere que nos achicharren mientras permanecemos cruzados de brazos? ¡No! Mis hombres pelean con la astronave... ¡y no me resigno a desaprovechar la última oportunidad! Hágame caso. Yo conozco las lunas jupiterianas como la palma de la mano... ¡y desafío a la Policía Cósmica a que nos eche el guante! ¡Apresúrese, por Dios!

—Debemos entregarnos —propuso, temerosa, Ruth.

—Señora Baxter, con todos los respetos... ¡usted no sabe lo que significa el delito de traficar con drogas! ¡La muerte, sin juicio legal, es el premio! No escuche a su esposa, capitán. ¡Empleemos la única tabla de salvación que aún flota en este mar de aire enrarecido! ¡Vamos!

Sí. Era una solución extrema. Desesperada. Todos lo sabían.

La batalla terminaría tan de súbito como empezó, y entonces... ¡no existiría remedio!

Ruth, incapaz de contenerse, descansó la frente sobre el pecho de Law y sollozó. ¡Bordeaban el fin de la aventura! ¿Sorpresas? ¡La que acababan de recibir empalidecía las demás! ¡Una sorpresa macabra por cuenta de la Ley!

—¿Qué me dice? —apremió Ted.

—Bueno. Probaremos... ¡Adelante, Westaco! ¡Cógete a los mandos!

Uniendo la acción a la palabra, Law se deshizo suavemente de Ruth, y corrió hacia los controles, donde ya Dale Westaco se afanaba en desconectar los sustentadores tangenciales y activar las fuentes de propulsión energética.

Moviendo velozmente palancas y ruedas, el carguero plateado trepidó lo mismo que un superanimal mecánico alentado por vida interna.

Parpadearon resistencias. Zumbaron tensiones. Vibraron destellos de autocontrol. El silbido del actiogás marcó las atmósferas sucesivas en la escala graduada que protegía una funda tubular de lircornio vitrificado. ¡En marcha!

—Impulsión —pidió Law, sintiendo las perlas líquidas del sudor multiplicarse en su frente.

—Seis, tres, veintiuno.

—Girocontrol.

—Ocho doble.

—Aumenta.

—¿Quieres que volemos en pedazos?

—¡Aumenta!

—Bien… capitán. ¡Acabaremos locos de atar!

—Sube diez atmósferas…

—¿Eh?

—¡… Y conecta los turboimpulsores de emergencia! ¡Rápido!

—Pero…

—¡El carguero de la “Transpace Inc” va a correr como nunca! ¿Es eso lo que desea, López?

—Justo —Ted cerró los puños y descargó un colérico puñetazo al vacío—. ¡No hay otro medio si queremos zafar de la patrulla sideral!

—¿Cuál es el rumbo?

—Io. ¡Si llegamos al satélite, les prometo que recibirán los cien mil sin regateos! ¡Allí está nuestra salvación!

—¿Y si no llegamos? —aventuró Westaco.

—Entonces… ¡el espacio será nuestra inmensa tumba!

—Demasiado grande —musitó Law, atento a la dirección, mientras Ruth repetía sus angustiosos sollozos.

CAPÍTULO III

IO, LUNA DE JÚPITER

Una aventura atroz. Espantosa. Algo que empezó en Hilda con alegre desenfado y llevaba trazas de terminar en completa tragedia... ¡dentro del sector orbital de Júpiter!

Lo sabían. Ruth, Dale y Law de un modo instintivo. Ted López, sumido en un silencio crispado, de forma concreta. ¡Pero lo sabían! Los actos que atentan contra la Ley suelen resultar nefastos. O dicho en otras palabras: Quien mal anda... mal acaba.

Pero ya no quedaba ni un hueco para las lamentaciones. ¡Tenían que actuar! De prisa, vertiginosamente, con ese frenesí un tanto mal calculado de la precipitación... ¡Salir rumbo a Io aprovechando el combate sideral del cohete rojo y la astronave policíaca!

Así lo hicieron. Abruptamente, encabritándose igual que un veloz pura sangre de competición hípica al ser herido por las espuelas, el carguero zumbó por el Universo y las sacudidas fueron quedándose atrás, cada vez más atenuadas... ¡más perdidas en la distancia!

Con todos sus motores —incluidos los supletorios de emergencia— convertidos en ígneos volcanes de energía al máximo, la espacionave hendió el vacío sidérico y enfiló hacia la enorme masa chato-esférica de Júpiter. ¡La salvación residía en tomar superficie antes de que la Policía Cósmica se apercibiese!

Nunca sintieron los terrícolas una zozobra y terror iguales. ¡El carguero se hallaba indefenso, desvalido como un bebé recién llegado a la vida! Un simple proyectil de tipo autodirigido disparado por los defensores de la Ley, habría bastado para volatilizarlos en microscópicas partículas de materia pulverizada.

Al parecer la nube química *volten* —invisible sin auxilio de instrumentos adecuados, pero eficazmente enmascaradora— coadyuvó de modo poderoso a permitirles escapar del área barrida por mortíferas descargas. En lo más recóndito de sus mentes, los cuatro enviaron un agradecido pensamiento a Weroy, el hombre que se estaba jugando la piel para otorgarles la postrera oportunidad de fuga.

Naturalmente, los fugitivos se equivocaban.

Desde bastante tiempo antes, el condestable policial que comandaba la patrulla cósmica, pudo localizarlos a la perfección y conoció enseguida el desesperado recurso al que pretendían asirse para eludir la mano de la Justicia.

Pero sus órdenes —acaso motivadas por la declaración del denunciante— prohibían tajantemente causar daños al carguero,

donde se ocultaba el valiosísimo envío de *fixofilina* en polvo. Aunque ahora los dejase huir, el condestable sabía que volverían a caer en su poder. Ningún delincuente escapa a la eficacísima Policía Cósmica

Además, nulo daño causaría una nave desprovista del más elemental medio combativo. Lo urgente, por el momento, consistía en eliminar el cohete de los contrabandistas, el cual —como saltaba a la vista— iba equipado con los últimos adelantos balísticos e interceptores para la batalla.

Así pues, sin que nadie los hostilizase, la astronave de "Transpace Inc" rumbeó hacia el satélite Io, y sus tripulantes siguieron sustentando la creencia de que la estratagema y el camuflaje de Weroy, unido a su heroísmo temerario, constituían la base de que su fuga se realizara sin obstáculos.

Ted López, literalmente soldado a la pantalla de exploración cosmológica, seguía las incidencias del duelo presa de visible interés.

El tele-espectáculo, por razón de la distancia que alargaba asombrosamente la velocidad de avance del carguero, se iba reduciendo de tamaño, desdibujándose en puntitos borrosos de los que fluían rayos lumínicos correspondientes a los proyectiles. Hasta entonces, la batalla se mantenía esperanzadoramente equilibrada. Pero no tardó en variar el curso de los hechos.

Weroy no mintió al afirmar que existía notable desigualdad en lo tocante a potencial destructivo. La inferioridad era tan manifiesta que, de pronto, una burbuja de luz inundó la pantalla, enceguecíéndolos. ¡El combate terminaba con la derrota de la nave contrabandista!

—¡Desintegrados! —declaró López—. ¡No han podido resistir!

—¡Oh! ¡Es espantoso! —gimió Ruth, erizada por la tragedia que acababa de desarrollarse, en pleno silencio y a fabulosa distancia, ante sus ojos atónitos.

—Olvídelo —aconsejó Ted—. Cuanto más piense en ello, tanto peor. Después de todo, son gajes del oficio... y lo mismo pudo ocurrirnos a nosotros. Por fortuna, han sido ellos las víctimas. Lo lamento. Weroy era un eficaz lugarteniente...

—¿Qué ha sucedido? —indagó el sudoroso Law, sin abandonar la dirección de los vibrantes controles sobreexcitados por el desusado esfuerzo.

—Se terminó la pelea sideral —replicó Ted, perfilando la característica sonrisa jovial—. No le inquiete, Baxter. El cargamento continúa a salvo...

—¡Es usted inhumano! —reprochó Ruth, impulsiva—. Le alegra que el contrabando perdure, mientras un puñado de hombres acaba de sufrir tan espeluznante fin...

—Ya le advertí. ¡Olvídelo, señora Baxter! Ellos sabían a lo que se arriesgaban cuando escogieron la profesión. Mientras duró, vivieron

como reyes. Al terminar… ¡murieron como ratas achicharradas! Es el desenlace que espera a casi todos los traficantes en prohibidos. Hay que saber retirarse a tiempo… como yo lo haré —suspiró—. No se hable más. Espero que su corta resistencia sirva para procurarnos alguna ventaja. ¿No puede extraer más velocidad de esta tetera asmática?

—No —gruñó Law—. Vamos a tope. Media atmósfera de exceso, abortaría el ciclo del campo energético… ¡y saltaríamos hasta los confines del Sistema Solar!

—¿Le seduce? —agregó, zumbón, Westaco.

—De ningún modo, amigos. Mantengan la impulsión y el rumbo. ¡Los segundos se hacen eternos!

—Confío en alcanzar Io antes de que la Policía Cósmica nos pise los talones… si es que advirtieron nuestra escapada —soliloqueó Law —. Acabamos de cruzar a cuatro espacio-arcos de Callisto. Pronto salvaremos el área de Ganymede. Después de los *grandes*, como quien dice a la vuelta de la esquina, saldrá Io a darnos la bienvenida.[3] Conecte la exploro-pantalla en proyección de vuelo. El aspecto del sector jupiteriano es interesante… y a mi esposa le quitará el amargo sabor de boca.

—Encantado. Ted López se considera hombre complaciente con las damas bonitas… aunque sean casadas.

Ruth le volvió la espalda, patentizando el desprecio que le producía su persona y su impertinencia. Dale Westaco, a media voz, rezongó:

—La próxima lección de puños correrá por cuenta mía. ¡Te partiré en seis trozos, amiguito!

Sí. Se la tenía jurada. Igual que Law. Pero aún no era llegado el instante oportuno de tomarse la revancha por las trapisondas que estaban sufriendo. Cuando tuviesen motivos ciertos para considerarse seguros… los dos amigos tratarían de enseñarle modales y honorabilidad al cínico embaucador que traficaba con drogas malignas. Por nada del mundo que les vio nacer, renunciarían a tan señalado placer humano.

La pantalla, ciertamente, mostraba un panorama fascinante.

Para los hombres —que con toda propiedad ostentaban el título de sempiternos vagaespacios— apenas existía atractivo. Pero Ruth, en cambio, se maravilló ante la gama cromática que se desprendía de los resplandecientes mundos bañados por una mezcla de difusa luz solar, claridad de estrellas y centelleos de lunas distribuidas con caprichosa anarquía.

Las zonas del espacio pobladas por cuerpos astrales poseen siempre una belleza increíble. Una hermosura fantástica e impresionante, que se resiste a la descripción.

En realidad, la insondable negrura del Cosmos obedece a la ausencia de masas flotantes.

Siempre que exista un cuerpo donde alcance a reflejarse la luminosidad del Sol —por alejado que se encuentre de la Estrella Reina del Sistema Planetario— aparecerán, también, los brillos y resplandores. Incluso en los astros pequeños y lejanísimos hay luz. Claro, que ello no les reporta ninguna utilidad, aparte de la que podría considerarse decorativa. Persiste la claridad, a veces bajísima; pero carecen de lo más vital: EL CALOR SOLAR. Son cadáveres espaciales frígidísimos e incolonizables.

Júpiter, inmenso y achatado, destacaba en la pantalla. Era la *vedette* del firmamento planetal. El achatamiento se sabía motivado por su rapidez de rotación. Densas nubes cubrían la mole extraordinaria, baja de densidad y oscura de color, ya que en algunas porciones del planeta todavía persistían zonas incandescentes. La *Gran Mancha Roja* —superficie elíptica no lejos del ecuador— resaltaba intensa.

En su atmósfera envolvente se producían continuos ciclones, causados por las horrísonas explosiones químicas de hidrógeno, sodio, amoníaco y lluvias sólidas de cristales de metano. Un mundo inhóspito, cuyas colonias de seres vivos se congregaban a gran profundidad bajo la corteza exterior.

Los satélites, esparcidos en derredor del desmesurado *padre* y a distancias vastísimas, mostraban sus facetas alucinantes. Ganymede y Callisto, extraordinarios de tamaño. Io, plateado en los casquetes, mayor que la Luna, el inseparable satélite terrestre. Europa, un poco más pequeño, rojizo e irregular. Los otros siete, designados por numeración como siglos atrás hicieran los astrofísicos de la Era Interplanetaria, casi insignificantes. De ellos, tres poseían la curiosísima particularidad de ser *retrógados*, es decir, que giraban en dirección opuesta a la corriente entre los demás astros del Sistema Solar.

—Nos hallamos a veinte espaciomillas de Io —anunció Westaco.

—Comienza a decelerar —ordenó Law—. Quiero posarme sin brusquedades. Aquel suelo es muy accidentado.

—¿Conoce Io? —se interesó Ted López.

—Bastante —replicó, lacónico, el atareado capitán.

—En tal caso, gobierne la nave hacia las cordilleras del Sur. Es el sitio ideal para esconderse… y yo usaré un medio infalible a fin de que nos socorran.

Sí. Law Baxter conocía de antiguo el sector jupiteriano. ¡Era un vagaespacios con muchas horas de vuelo interestelar! Allí lo tenían, perfilándose con dureza, montañoso, hosco y negruzco.

Io, el segundo satélite de Júpiter en orden a distancia con el

primario y el tercero en lo tocante a tamaño.

Su diámetro de casi 4.000 kilómetros le otorgaba rango de pequeño mundo. Podía presumir ante la Luna, el mejor colonizado y atendido de todos los del Universo debido a su cercanía con el planeta Eje: la Tierra.

Pero, a diferencia de la Luna, Io era abrumadoramente inhospitalario.

En él, la vida humana pasaba por avatares de apabullante crudeza. La flora y la fauna —escasas pero malignas— eran igualmente monstruosas. Exceptuando algunos puestos siderales de avituallamiento, las obligadas estaciones meteorocosmológicas y una corta guarnición militar, se hallaba despoblado.

Los colonos del espacio no tenían nada que hacer allí. Prácticamente, representaba una *isla* cósmica, escollada y abrupta, sin alicientes para las razas del Universo.

Como milenios atrás hicieran los corsarios con islotes perdidos, las lunas de Júpiter servían de trampolín a las pandillas de maleantes para tomar alientos —u ocultarse de persecuciones— antes de iniciar el gran brinco que los llevaría al anilloso Saturno y sus homónimos más distantes del Sol.

Las veinte espaciomillas se redujeron a diez. La tenue atmósfera de metano apenas bastaba para crear velos gaseosos en torno a la tercera luna de Júpiter. Su forma elipsoidal, rugosa de costra, prometía toda suerte de fantasías geológicas.

La pobre flora, raquítica, supervivía penosamente sin agua y merced a complicados metabolismos vegetales. La fauna —reptilesca en sus tres cuartas partes— se hallaba protegida por durísimos caparazones, y disfrutaba de un sistema respiratorio adaptado a las exigencias atmosféricas.

Cinco espaciomillas. Law sabía que, aparte del metano, en las diluidas capas gaseosas quedaban restos de hidrógeno y helio. No era, pues, una atmósfera nociva; porque como es sabido, el hidrógeno no es tóxico, y el helio representa un típico gas inerte.

Sin embargo, los astronautas deberían tomar las precauciones de ritual. Un mundo sin oxígeno se considera siempre fatal para el ser humano.

Dos espaciomillas antes de penetrar en el área de atracción de Io, Law volvió a dejar oír su voz de mando:

—Echa una *mirada* en torno, Dale —dijo—. Acaso nos sigan. Yo me ocuparé de la maniobra de toma de superficie.

Westaco obedeció, dejando el control de los mandos direccionales enteramente a cargo de su amigo. Ted López, ganado a su pesar por el magnetismo que dimanaba de la fuerte personalidad de Law, contemplaba sus ademanes precisos, saturados de confianza y

seguridad. Una evolución, ayudada por medios giroscópicos, enfiló el carguero hacia el Sur, la parte más escarpada de Io. Ruth, en silencio, murmuraba una oración férvida.

Ante la cosmopantalla, empleando los resortes telescópicos para obtener un máximo de aumentos, el pelirrojo *buceaba* las negruras espaciales en busca de indicios.

El detector de proximidad sólo delataba la presencia gigante del satélite, exenta de movimientos superficiales a lo largo y ancho de la zona roquiza escogida para posarse.

—Nada —declaró—. La Policía Cósmica ha debido perder la pista... o quizá, ni siquiera se apercibió de nuestra nave. El cohete rojo ofició de pantalla y la niebla *volten* nos borró perfectamente. ¿Puedo decirlo ya, López?

—¿A qué se refiere?

—A esto: ¡Salvados y libres, al fin!

—No sea optimista —rió Ted—. Io es un infierno pétreo. Aún es prematuro considerarse a salvo.

—Entonces... —intervino Law—. ¿Por qué me indicó que volásemos hacia el Sur? Bien pudimos elegir una de las llanuras centrales. Allí, al menos, eludiríamos el peligro de morir sepultados bajo desprendimientos.

—No se preocupe. En las montañas confío hallar una de nuestras estaciones informativas. Karl Busse opera a lo grande, ya sabe... Mantenemos puestos en casi todas las lunas y asteroides importantes. A veces, han sido destruidos por la colisión con grandes hidrometeoros.[4] Espero que ahora no haya ocurrido así con la de Io. Servirá para ponernos en contacto con él.

—¿Es fácil?

—No pregunte tanto, Baxter. Ya lo verá. Sólo puedo asegurarle una cosa: Karl no perderá las diez toneladas de *fixofilina* si logramos hacerle saber que se encuentran en Io. ¡Nos sacará de este *pozo* por su propio interés!

La maniobra tocaba a su fin. La superficie de Io, vertiginosa, subía a su encuentro. Law concentró los cinco sentidos en el cometido astronáutico.

Picos erosionados, espejeantes lagos de amoníaco líquido y cañones formados de magma costrada por capas de *hielo galáctico*, una combinación de gases químicos sometidos a presiones bajísimas y tan endurecido como no es posible hallarlo en los dos polos terrestres. Un hielo que, con su solo contacto, *abrasa* la materia orgánica. Todo ello, locamente... ¡se proyectaba hacia el carguero de un modo amenazador y destructivo! ¡Como si pretendiera aplastarlos en un choque apocalíptico!

En momentos tan excitantes y cruciales, cuando sus vidas

dependían totalmente de la pericia de Law y los mecanismos de la nave, el joven no lograba apartar de la imaginación un temor innato. Cualquier fallo, un simple desajuste, bastaría para que el carguero se estrellase dramáticamente en la tierra.

Tensó los músculos e inició la última etapa decelerante. La energía impulsora, neutralizada por los *superfrenos* atómicos, disminuyó.

No hubo sacudida. Los movimientos estaban matemáticamente sincronizados. La deceleración acabó superando al impulso. Cerró la propulsión total.

Ahora, con leve balanceo cadencioso, la nave permanecía inmóvil en el vacío, gravitando en el espacio mantenida por ondas sustentadoras. El suelo de lo, agrietado, se extendía a pocos metros por debajo de ellos.

CAPÍTULO IV

LA ESTACIÓN SECRETA

Ted López, como manifestó, conocía las lunas de Júpiter igual que las palmas de sus manos.

La operación de desembarco se realizó sin incidencias, aprovechando las paredes rocosas de un picacho áspero. La ingravidez propia del pequeño astro —muy semejante al satélite terrestre en cuanto a condiciones astronómicas— permitió que los espacionautas se deslizasen sin riesgo, flotantes, hasta la base del picacho.

Una vez en tierra firme, tomando la dirección del grupo, López empleó varios minutos para orientarse. Al instante, halló referencias de lo que buscaba.

Bajó sus indicaciones, se inició la exploración Io adentro, siempre caminando encajonados entre moles enhiestas, nubecillas de metano y charcas de amoníaco humoso que burbujeaba lo mismo que el líquido hirviente de una olla antiquísima.

Atrás, medio oculto por las cordilleras cuyas masas pétreas impedían el *contacto directo* con la superficie, quedó el carguero de plata. Cuando volviesen a él, sería porque la aventura se habría solucionado satisfactoriamente. ¡Y a fe que deseaban regresar pronto!

Perfectamente equipados, calzados con botas superpesadas para concederles peso adicional en el satélite donde habrían caminado a saltos de diez metros de altura en el caso de no ponérselas, y con unas cuantas cajas de raciones concentradas para atender a su sustento —ya que la estancia en Io podía ser larga—, los tres hombres y la mujer tomaron por un desfiladero blanqueado en las cumbres del durísimo *hielo galáctico*.

En el cielo negro y dilatado, inabarcable, brillaban cúmulos globulares, estrellas de diversa magnitud lumínica y toda la pléyade de astros vinculados sideralmente a la zona del terrorífico Júpiter, el mayor planeta del Sistema Solar.

La claridad superficial no era muy grande. Posiblemente, llegaron a Io con las primeras horas de la *noche*.

Esta designación —que para el habitante de la Tierra es fundamentalísima— pierde toda su fuerza expresiva en los mundos situados más allá de Marte. El Sol alumbra casi constantemente y la disminución óptica de tal iluminación, apenas se advierte a ojo desnudo.

Lo mismo ocurriría en la Tierra, aceptando el supuesto de que existiesen muchos satélites. En el período *luna llena*, la noche,

exceptuando que carecería de calor, sería tan brillante como el pleno día.

La marcha, durísima por la salvatiquez geológica del suelo, llegó a parecerles interminable.

Contribuía a ello la obligada mudez a que los condenaba el espacio. Solos, silenciosos y atentos a cualquier peligro imprevisto —factible de surgir inopinadamente— perseveraron en la caminata.

López conocía la ruta y pisaba sobre seguro. Quizá transcurrieron tres o cuatro horas exhaustivas de veras. Al término de ellas, alzando un brazo, se detuvo y les señaló unas colinas de pura roca basáltica. Su gesto, elocuente pese al silencio, devolvió la esperanza a todos los pechos. Si era cierto cuanto les dijo antes, las colinas significaban para ellos la salvación. Dejarían de ser náufragos cósmicos.

Escalando los riscos incrustados de partículas semidiamantinas, las cuatro figurillas —hormigas en un gran campo quebrado— se aproximaron al lugar donde se suponía estaba enclavada la estación informativa de los contrabandistas. Una organización perfecta —meditó Law— en la que se prevenían las eventualidades de antemano.

Antes de que llegasen a ella, Ted hizo un alto para explorar detenidamente los alrededores.

La paz que reinaba en torno le decidió a proseguir. Entonces, sin más demoras, avanzó recto hacia una pequeña oquedad abierta mediante espaciotaladros en el murallón de roca.

Había un frunce de preocupación en su frente, que Law no supo a qué causa achacar. Al parecer, la incursión estaba saliendo a pedir de boca; pero López no parecía entusiasmado con los resultados.

Ignoraba, ciertamente, que las estaciones informativas de Karl Busse se hallaban a cargo de un empleado, el cual suministraba los datos requeridos por la organización y servía de enlace para designar fechas, lugares y cifras de envío. Lógicamente —y de ahí provenía la inquietud de López— el empleado debía encontrarse en su puesto. Por contra... ¡no se advertía la menor señal de vida en derredor!

La oquedad constituía un confortable refugio. Algo así como un albergue de alta montaña; pero subterráneo.

A los pocos metros del túnel perforado, se alzaba una compuerta construida enteramente de cesio aleado con xenoníquel. Tras la compuerta, que aparecía entornada, se adivinaba una estancia dotada de idóneos elementos para la supervivencia cómoda del *informador* destacado en Io.

Entonces, rudamente, ocurrió algo. ¡Algo escalofriante y asombroso!

Raudo, Ted López retrocedió de un salto. ¡Igual que empujado por una bala nuclear! Quizá profirió un grito de aviso. ¡Nadie pudo escucharlo!

Su espalda chocó con Law. El piloto, a su vez, lo hizo con Ruth. Y ésta, completando la cadena, cayó sobre Westaco, cargado con la impedimenta.

Lo cierto es que los cuatro, obligados por la estrechez del túnel, formaron una confusa pelota humana. ¡Los estremeció la tenebrosidad de lo desconocido!

Antes de que cundiese el pánico a causa del imprevisto retroceso de López, el contrabandista intentó calmar sus temores agitando los brazos. Al conseguirlo, les señaló el bulto informe extendido a sus pies. ¡Cuando lo pisó, blando y crujiente, se echó atrás por instinto! Esto explicaban sus ojos negros.

Era un hombre. ¡UN HOMBRE! Lo comprendieron enseguida. O mejor dicho: Los restos desmenuzados de una persona.

La deficiente luz que escapaba de la estancia a través de la entreabierta compuerta les permitió concretar el macabro descubrimiento. Su equipo se veía reducido a jirones. La sangre, desvaída, manchaba el suelo. Carecía de cabeza. De una pierna. ¡Estaba medio devorado! ¡Putrefacto por la materia orgánica en descomposición! ¡Y brillaba el fósforo de sus huesos mondos!

López volvió a marcar la pauta tras la espantosa impresión. Por señas, contrariado, les ordenó entrar en la estancia.

Una vez en el interior, cerró la compuerta e hizo tres cosas sucesivas. Dio luz a la cámara —parca de mobiliario, angosta, atiborrada de utensilios electrónicos—, abrió una nueva cápsula de oxígeno concentrado y empezó, lentamente, a desajustarse el yelmo vitreo. ¡Al fin, acabaría el desesperante silencio que mantenían desde la toma de superficie!

—Tranquilícense, amigos —fueron sus primeras palabras—. Hemos llegado a buen puerto —aspiró a pleno pulmón el oxígeno que inundaba el cuarto—. ¡Aire! ¡Cuánto deseaba poderlo respirar sin protector!

Los tres terrícolas le imitaron, sin dejar de mirar curiosamente a todas partes. Apenas verse libres de la cristalina escafandra, el clamor de sus voces alteradas dirigió a Ted un atropellado ametrallamiento de preguntas.

—Tranquilícense —insistió—. Yo disiparé sus temores... En primer lugar, pónganse cómodos. Aquí estamos seguros...

—¿Seguros? —bufó el pelirrojo—. ¡Ahí afuera hay una piltrafa que no presagia grandes seguridades! ¡Yo la vi, López!

—Yo la pisé —Ted, normalizando sus emociones, rió—. Son los restos del que fue *informador*. Siéntense. Ahora les prepararé algo caliente... El puesto parece bien aprovisionado y no careceremos de nada hasta que Karl nos envíe auxilios... Como decía, se trata del cadáver del *informador*. ¡Ya me extrañó no advertir huellas recientes

por los contornos! Alguno de los espantosos animales de Io lo habrá atacado por sorpresa, devorándolo...

Hablaron. ¡Qué inmensa dicha es el don de la palabra! López, aprovechando el tiempo que invertía en prepararles la tonificante infusión prometida, se extendió en explicaciones.

Les dijo algo sobre la compleja red de agentes, diseminados por los más alejados astros, que componía la eficaz organización de Busse. Las estaciones se hallaban dotadas con potentes teletransmisoras de frecuencia ultraóndica, merced a las cuales podían enviarse mensajes en cadena a los más alejados puntos del Universo. En asteroides solitarios e inhabitados se habían levantado *contactos de empuje*, para que oficiasen de puentes y llevasen las ondas más y más lejos.

Desde Io, por ejemplo —y utilizando el sistema transmisor privado de Karl Busse— era fácil establecer conexión videosónica con lugares tan distantes como Japetus, Deimos, Oberón o Titán, la mayor de todas las lunas del Sistema Solar. ¡Y ello, en un tiempo realmente asombroso!

Luego, mientras bebían la reconfortante colación de *krasto* —hierba finísima, denominada por los terrícolas el té del espacio— les habló también de los moradores carniceros de Io. Su fauna, horriblemente reptilesca como se indicó, consideraba bocado exquisito la carne humana.

Ningún hombre debía considerarse libre del ataque a traición por parte de tan monstruosas criaturas, ya que las bestias, orientadas por simple olfato, enloquecían de ansiedad apenas captar indicios.

—Posiblemente —completó—, el *informador* despertó los apetitos voraces de algún *iodonte* espacial. Se trata de un batracio al estilo de las salamandras... ¡pero tan gigantesco como cinco bueyes juntos! Su boca provista de dientes afiladísimos y de un tamaño medio de veinte centímetros, basta para partir a un ser humano en dos mitades de la primera dentellada. ¡Líbrense de los *iodontes*, amigos...! Cuando se encaprichan de una pieza, rara vez abandonan su pista. La siguen cautelosamente, espiando todos sus movimientos, hasta que la ocasión de pillarla desprevenida se presenta y entonces... ¡le devoran hasta los mismos huesos!

—¡Cállese, por favor! —imploró Ruth, cobijándose en los musculosos brazos de Law.

—Perdone —sonrió López—. No me propongo asustar a nadie. Tomen mis palabras como advertencia. Bien... Creo que es fácil adivinar lo ocurrido. Ahora estamos demasiado fatigados para cumplir el deber de dar sepultura a los restos de ese desgraciado. Mañana será otro día. Escojan un lugar... y túmbense a descansar. Disponemos de calor, abrigo y oxígeno abundante. ¡Todo un poema espacial! Yo intentaré localizar el paradero de Karl Busse. Cuanto antes lo

encuentre, tanto más pronto nos sacará del satélite.

—¿Confía en su jefe, Ted? —preguntó Law con cierto retintín.

—Confío en las personas... mientras no se demuestra que semejante confianza es inútil. Karl es un tipo a quien no agradan las concesiones ni los esfuerzos gratuitos. Todo materialismo y cálculo. ¡Ah, si la Policía Cósmica le descargase la mano encima...! Andan tras él desde hace años. Pero es tan escurridizo como un pez malacopterigio ápodo —rió, burlón—. Más vulgarmente, una anguila.

—Gracias por la aclaración —masculló el pelirrojo Westaco.

—A pesar de ello —añadió Ted de buen humor—. Confío en Karl Busse. La *fixofilina* es un imán que lo atraerá a Io. Al amparo de su ambición, nos sacará de este destierro letal.

—Ha dicho nos sacará, ¿verdad? —trató de puntualizar Law.

—Desde luego. Les incluyo a ustedes. Los cuatro seremos rescatados.

—Me encantaría saber lo que ocurrirá con nosotros una vez aparezca Karl Busse. Espero que respetará sus promesas. ¿Las ha olvidado?

—No. Tengo buena memoria, capitán. Cien mil... y sin regateos.

—Perfecto. Pero hay algo más.

—No recuerdo que conviniéramos...

—Cierto. Entonces no hablamos de algo que, ahora, adquiere importantísimo valor. Me refiero a... nuestras vidas. No me conformo con que nos rescate de Io. Necesito la astronave, u otra similar, para regresar a Marte. Esta condición forma parte del contrato.

—En realidad... eso ya no depende de mí.

—Sin evasivas, López. Hable claro.

—Deberán pedírselo a Karl Busse.

—Hágalo usted.

—No —Ted sonrió—. El regreso es cuenta suya, amigos. Yo pagaré y, tal como acordamos... ¡hasta la vista!

—Suponga que Karl Busse —continuó Law, impidiendo con un ademán que el irritable Westaco avanzase hacia el contrabandista—. Suponga... que nos negamos a conducirlo hasta el lugar donde se encuentra la *fixofilina*.

—Improbable.

—¡Oiga...!

—Silencio, Dale. Ya me ocuparé de demostrar al sonriente López el cúmulo de probabilidades que encierra lo que considera improbable. Paradojas irónicas...

—Empieza a crisparme los nervios, Law.

—Me doy cuenta. No pierdas la cabeza. Decía que... que nosotros podíamos negarnos a conducir a su jefe hasta donde ocultamos la astronave y su cargamento prohibido. Habría realizado un viaje vano

y, por supuesto, el más pésimo negocio de su vida. Alguien pagaría las consecuencias.

—Bien —López no parecía afectado por las palabras de Law—. Ustedes niéguense... Siempre quedará el recurso de que lo conduzca yo... Después de todo, conozco al dedillo este satélite.

—Pero nadie está libre de sufrir un percance. Un accidente... En tal caso, por obligación, Busse dependería de nosotros.

—¿Qué clase de accidente?

—Como todos. Un accidente... *accidental*.

—Creo que no comprende la verdadera situación, Baxter. Están en mis manos. Yo poseo el único medio de escape. Si ha pasado por su imaginación la idea de eliminarme...

—No. Le anticipo que por mi imaginación no ha pasado nada de eso. Es en la suya, y lo celebro grandemente, donde acaba de echar raíces.

—Amenazándonos mutuamente no llegaremos a nada práctico — observó, hosco, Ted.

—Pues no nos amenacemos. Vayamos al fruto práctico que usted desea. ¿Garantiza que serán respetadas nuestras vidas? Piénselo antes de contestar, López.

El contrabandista, tras un segundo de indecisión, mostró sus blancos dientes al sonreír. Entonces, se hallaba muy lejos de sospechar siquiera remotamente, lo proféticas que las palabras de Law podían llegar a ser merced a una pirueta del destino.

—Sea —aceptó—. Aportaré mi granito de arena para intentar convencer a Karl. ¿Satisfechos?

—Deseo creer que lo dice de corazón.

—Prefiero dejarle en la duda, Baxter... Una vez, ya le advertí que usted me agradaba... Hay madera en su cuerpo de algo mejor que simple espaciotransportista. Hubiese hecho un envidiable traficante ilegal —se alzó de hombros, flemático—. Vayan a tumbarse. Yo tengo trabajo en la teletransmisora. Mañana veremos las cosas de otro color.

—Esperémoslo —fue la seca respuesta de Law.

Naturalmente, se encontraban rendidos. No era sólo el esfuerzo físico de las últimas horas; sino la cadena de emociones morales que los aprisionaba desde el episodio sideral de la cita al norte de Callisto.

Murmurando entre dientes, no del todo convencido, Westaco eligió su rincón cuando Ruth y Law hicieron lo propio.

Mientras tanto, ignorándolos deliberadamente, Ted López manipuló en el complicado aparato, comenzando a transmitir en clave, y escucharon su voz monótona por espacio de tanto tiempo... que el sueño acabó por vencerlos.

La noche —el lapso de tiempo en que el Sol alumbraba más débilmente al satélite— pasó para ellos como un suspiro.

Ted López, obtenido el fin que perseguía, también se retiró a descansar unas horas, aprovechando la propia yacija del desafortunado *informador*. Por ello, al abrir Law los ojos e incorporarse ligeramente sobresaltado, le vio, sumido en profundo sueño, en la parte más alejada del refugio.

—¿Qué ocurre? —exclamó Ruth, despertada por el brusco movimiento del que seguía siendo su esposo nominal, no efectivo.

—Mm... —musitó Law—. ¿Te he asustado? Lo siento. No ocurre nada... a Dios gracias. El amigo López duerme como un bendito —consultó su *electrocrono* de pulsera—. Son las 33, hora sideral... Hemos dado una cabezada bastante larga, Ruth... Las infernales montañas de Io se verán bañadas por la luz sin calor del viejo y querido Sol terrestre...

Dale Westaco, revolviéndose pesadamente, empezaba a dar también las primeras señales de vida.

—Descansa un poco más. Te hará bien —dijo Law a Ruth—. Voy a husmear esta cueva formidable. Quizá encuentre un puñado de *krasto* para desayunar.

—Law...

—Dime.

Los ojos azules de Ruth, maravillosos, se entornaron cariñosamente.

—He soñado —confesó.

—En tu regreso a la Tierra, ¿verdad?

—No —la joven frunció dulcemente los labios de coral—. En nuestro *regreso*. Y... y ha sido un sueño delicioso.

—¿Lo pensaste despacio? Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí —ella alargó la mano, tibia y blanca, hasta entrelazar los dedos con los del hombre—. Lo he pensado.

—¿Entonces...?

Ted López dormía. Escuchaban su respiración monorrítmica. Westaco, vuelto boca abajo, runflaba sofocadamente.

Antes de replicar, ganada por la embriagadora turbación de los sentimientos más íntimos, Ruth les dedicó una ojeada rápida, acaso temerosa.

—Te amo —dijo, al fin, en un susurro.

Law acercó hasta sus labios la mano que aprisionaba, y la besó suavemente en la fina piel del dorso. Luego, tierno, deseó:

—Buenos días, querida.

—¿Me aceptas como esposa, Law?

—Ya lo eres.

—Contesta, por favor. Una esposa *de verdad*.

—Te acepto... y te adoro.

—¡Law!

—Sss… —el piloto volvió a besar la mano, y concluyó—: Descansa, cielo. El día puede ser de verdadera prueba para todos.

Interesante la sospecha de Law. Interesante y… de nuevo profética. Porque el nuevo día en Io, desde sus indicios, iba a caracterizarse por el vértigo trepidante que animaría aquella aventura inverosímil empezada, casi por azar, en el *séxtuple* grupo asteroidal de Hilda.

CAPÍTULO V

KARL BUSSE

En pie los cuatro, dando fin a los últimos restos del desayuno compuesto por raciones concentradas de alto poder vitamínico y sorbos de aromático *krasto*, Ted López respondió a las preguntas que los terrícolas le formulaban.

—Sí —dijo, entre sorbo y sorbo—. Anoche, casi de madrugada, obtuve contacto con el puesto informativo de Júpiter VII.[5] Precisamente, el operador mostró su extrañeza, ya que la teletransmisora de Io, la nuestra, llevaba bastante tiempo guardando un silencio anormal. Le expliqué lo sucedido con el *informador*...

—No entre en detalles secundarios —se impacientó Law—. Nos interesa conocer aquellos hechos que más nos afectan, López.

El contrabandista rió por lo bajo, divertido.

—Eso parece —concedió—. No se intranquilicen. Todo está resuelto.

—¿Todo?

—Absolutamente. Desde Júpiter VII se pondrán al habla con Karl Busse. Espero recibir noticias suyas dentro de...

—Eso significa que no habló con él.

—No.

—¿Cómo resolverá, pues, nuestra salida del satélite?

—El propio Karl nos dará la solución.

—¿De veras? Permítame decirle que...

Un zumbido suave le interrumpió. Un zumbido que recordaba el mosconeo de un insecto estival en la Tierra. ¡Y surgía del heteróclito aparato situado detrás mismo! ¡Qué oportuno!

—¡Llaman! —exclamó Westaco.

—Cierto —aprobó Ted—. La ansiedad le agudiza el ingenio, señor pelirrojo. Ahora contestaré.

—Creo que antes de que abra la boca le voy a...

—¡Espera, Dale! —ordenó Law—. ¡No seas impulsivo! El amigo López no se ha propuesto insultarte...

—Le tengo prometida una lección, y cuando yo prometo algo...

—Descuide —gruñó Ted—. Ya sé que entre nosotros existe una cuenta pendiente. ¡Y no sólo con usted, Westaco! Pero, de momento, no me es posible prestarles atención. Solventemos primero la salida de Io... ¡y después liquidaremos los golpes de su recibimiento! ¿Conforme?

—Muy sensato —se anticipó Law—. ¡No pierda más tiempo!

Conteste.

Law pretendía, por encima de todo, que López atendiera la llamada sideral. ¡Estaba sobre ascuas! El ajuste de cuentas podía esperar, desde luego, y así trató de hacérselo comprender al furioso Westaco mientras el contrabandista accionaba los mandos de la telerreceptora.

En el volioarco superior fulguraron unas chispas rojizas que formaron un violento semicírculo de fuego. Débil al principio, y fuerte después, el zumbido adquirió paulatina intensidad.

La pequeña telepantalla de material de telurio pulido, se iluminó. Luz interna. Algo como un resplandor que surgía de dentro. Un punto, deshaciéndose en espirales, alumbró la convexidad superficial.

Entonces, perfilándose con nitidez a medida que transcurrían los segundos, un rostro carnoso y grosero destacó hasta constituir la imagen principal de la videoproyección.

—¡Karl! —se admiró López.

—¡Hola! —Una voz seca, sin flexiones, acostumbrada a mandar—. Infórmame. Sin omitir nada. Ya sabes que odio los fracasos.

Hablaba en *gercósmico,* el idioma de los espacios sidéricos. Pese a la aversión que aquel rostro producía en Law, no pudo por menos que admirarse ante la potencialidad nefasta que representaba.

Era el cerebro. El promotor y mantenedor de una organización dedicada al mal. Al peor comercio —el más antiguo y deleznable— que el ser humano explota por afán de lucro: las drogas.

La sed de riquezas arrasaba cualquier otro estímulo. Allí, frente a ellos, se hallaba Karl Busse, el destructor de vidas, el mercader de la muerte lenta y agónica a manos del vicio incurable. El rey de la *fixofilina*, en su tráfico ilegal desde Marte a Saturno. ¡No en vano la Policía Cósmica anhelaba atraparlo!

Si él caía, las actividades de la banda cesarían de inmediato. Era la cabeza, y el alma de los contrabandistas. Cortándola de un tajo, acabaría la perdición letal que vendían dentro de paquetitos ocultos en los más inverosímiles escondrijos. Ahora, utilizaron bloques de protoactinio hidrogenado y se sirvieron de dos socios hambrientos. En otra ocasión, la pasarían de contrabando gracias a distinto ardid. Amasaba fortunas incalculables machacando vidas y vertiendo sangre, como ocurrió con Weroy y sus compinches.

Hambrientos... Ésta constituía la palabra adecuada para designarlos. Sí. Law y Dale estaban hambrientos de trabajo cuando cayeron en el cepo ilegal. Por primera vez, acaso contagiado del temblor de Ruth, el joven sintió repugnancia de todo aquel asunto.

Se supo un engranaje más, accidental pero decisivo, de la inmensa máquina que negociaba en prohibidos. Y la cara mofletuda de Karl Busse, inescrutable, le revolvió el estómago. Ni siquiera la perspectiva

de los cien mil logró eliminar el mal sabor de boca.

—... Así ocurrió todo, Karl —continuaba López, dando fin al informe—. Nos vinimos a Io y te llamamos enseguida. La espaciopatrulla debió perder el rastro... Ya sabes lo sucedido. Espero tu decisión.

—No me siento orgulloso de ti. El cargamento debía hallarse ya en sitio seguro... pronto para la distribución.

—Perdona, Karl... La Policía Cósmica nos tiene entre ojos... Fueron directos al lugar de la cita. Y yo mismo... ¡me salvé de milagro!

—Una pena —gruñó con dureza—. Weroy te echará de menos en el infierno.

—¡Oh, no digas esas cosas! Siempre he cumplido mejor que nadie. Además... ¡no se ha perdido ni un microgramo de *fixofilina*! Podrás comprobarlo cuando te la lleve al...

—He decidido ir en persona a Io.

—¡Magnífico! —rió López con falsa alegría—. Es una molestia que te agradeceré mientras viva.

—No quiero tu agradecimiento, Ted. Me dan pena los inútiles. Iré al satélite... porque mi astronave privada no despertará sospechas si han dejado vigilantes por el sector. Creer que perdieron vuestra pista es tanto como declarar que no conoces a los sabuesos de la Policía Cósmica. Están en la brecha. ¡A punto de hincaros las uñas! Registrarán todos los cargueros y cohetonaves de aspecto dudoso. Yo, en mi calidad de rico potentado que viaja para matar el ocio, no levantaré polvareda. De algo ha de valer una doble personalidad que he mantenido celosamente año tras año. ¿Entendido?

—Pero...

—Habla.

—No es que discuta tus decisiones, Karl... Aunque... ¡se trata de un cargamento de diez toneladas!

—¡Imbécil! ¡Yo no olvido esos detalles! La *fixofilina*, gracias a tu estupidez, tendrá que ser trasladada en sucesivos viajes. De momento, quiero convencerme de que queda en sitio seguro. Por eso deseo dirigir personalmente la operación. Basta de intermediarios. Nadie, excepto yo, sabrá el lugar donde reposa.

—Sí, sí, Karl... ¡Muy inteligente!

—Y hablando de intermediarios... —su rostro adquirió una expresión aguda—. Quítate de mi vista. Que se pongan delante esos infelices.

—Sí, Karl —se volvió a los terrícolas—. Vengan, por favor. El señor Busse desea conocerles.

—Preséntalos —ordenó el jefe.

—Éste es Law Baxter, capitán del carguero. Verás, Karl, yo... yo le

prometí cien mil si alcanzábamos sanos y salvos la luna… Te ruego que…

—Mal hecho, Ted. Yo, sólo yo, soy quien posee el derecho de prometer —miró a Law detenidamente, sin prisa—. ¿Tiene algo que decir, Baxter?

—Muy poco. Apenas unas palabras.

—Oigámoslas.

—Sálvenos. El dinero no me importa —declaró.

—No parece tan audaz como lo pintaste…

—Lo soy —atajó Law—. Pero lo único que me interesa, esencialmente, es regresar a Marte. Me he metido en esta aventura completamente ignorante de sus manejos y finalidad.

—¿Y no le gusta?

—No —Law puso desprecio en el acento—. No me gusta, Busse.

Todos los presentes, a excepción de Karl que los contemplaba desde miles de espaciomillas de distancia, sabían lo que las palabras de Law significaban para un hombre como él. Su situación financiera no era lo que acostumbra a llamarse próspera. Ni siquiera sostenida. Se hallaba al borde de la quiebra, lejos de Marte y sin mercancía que transportar. Además, hundido hasta el cuello en un asunto turbio y perseguido por la Ley. Pero renunciaba a los beneficios. Ruth Morgan, brillándole las lágrimas en los ojos, le miró y curvó los labios en una sonrisa de agradecimiento. Para Law, que abombó el ancho tórax retadoramente, fue aquél el mejor precio de todos los que pudiese recibir.

—Alabo su sinceridad —dijo Busse riendo escépticamente—. Veré qué puedo hacer por usted. Apártese. Ahora quiero conocer al otro…

—Dale Westaco, amigo —se presentó el pelirrojo con vehemencia —. ¡Y opino igual que Law! ¿Necesita saber algo más?

—Es suficiente —Karl Busse, levantando el rostro y como empinándose sobre las puntas de los pies para obtener un mayor ángulo visual, agregó—: La señorita…

—Señora Baxter —rectificó Law.

—¡Ah! —Busse asintió despacio, calmoso—. ¿Su esposa?

—Sí —afirmó Ruth con voz débil.

—Ha sabido usted elegir. Es muy bonita… Quizá me enternezcan sus rutilantes ojos azules y… y les otorgue lo que tan estúpidamente ha prometido López. —Su mirada se hizo especulativa y ávida—. En el espacio, no se ven todos los días mujeres así… De estar juntos, propondría un brindis de champaña en homenaje a su espléndida hermosura.

—He oído antes esas palabras, señor —contestó Ruth, encendida, anticipándose a la airada réplica de Law—. Tampoco se ve todos los días en el espacio… un ser tan despreciable y envilecido como Karl

Busse. Mi brindis sería doble.

—No me ofende... Las damas tienen el privilegio de resultar dulces, aun pretendiendo ser ácidas... Acepto su frase como un cumplido y un reconocimiento. Equivale a decir que la fama de mis negocios ha llegado hasta sus oídos. Prefiero el desprecio a la indiferencia.

—Su fama es negra, señor.

—No importa. Es fama. Y me enorgullece. Póngame a sus pies, señora... —dejó de mirarla—. ¡Ted!

—¡Manda, Karl! —contestó López prontamente, sugestionado por la imperiosa orden.

—Iré a rescataros —fue la respuesta.

No añadió nada más. El zumbido perdió intensidad. La pantalla comenzó a oscurecerse. Las espirales, girando desde los bordes al centro —hasta formar el punto de luz inicial— los convenció de que Busse acababa de dar por terminada la conversación e interrumpía el contacto. Ted López, sin ocultar su nerviosismo, rió brevemente.

—Solucionado —dijo—. Ya conocen a mi jefe.

—¡Es un sapo lleno de ponzoña! —calificó Westaco.

—O algo peor —suspiró, muy quedo, la bellísima Ruth.

—No temas —rogó Law, rodeando sus hombros con un brazo—. Sé lo que piensas; y puedo asegurarte que si intenta una suciedad, va a tropezarse con un hueso muy duro de roer. Te respondo con mi vida...

—Calla, Law —suplicó, cubriéndole los labios con las puntas de sus dedos—. No lo pronuncies, por Dios. Tu vida es sagrada para mí. Y necesaria. Me moriría si...

—No se pongan tristes —gruñó López—. ¡Y basta de arrullos! Aún nos queda tarea por delante. Preferiría equivocarme, pero temo que Karl no esté de muy buen humor después del incidente... Hay que ocuparse de enterrar el *informador*. Échenme una mano.

—¿Por qué no lo hace usted solo? —increpó Westaco.

—Porque resultará más fácil y rápido si lo hacemos entre todos. ¡Nos conviene avivar! Quizá ignoren que las bestias de Io poseen un olfato extremadamente agudizado...

—Usted lo explicó antes.

—Y lo mantengo. Esa carroña los atraerá a los contornos, ¿comprenden?... No podríamos ni asomar la nariz sin correr el riesgo de vernos en peligro. ¡Y todavía nos queda mucho que andar cuando aparezca Karl!

—Yo no pienso hacer de sepulturero.

—¿Y si le obligo?

—¡Atrévase!

—Bueno —medió Law—. Terminen las discusiones... Darle fosa a ese desgraciado es lo último que humanamente podemos otorgarle.

Quédate si lo prefieres, Westaco. Haz compañía a Ruth. López y yo nos encargaremos del trabajo.

—¿He de permanecer aquí? —alegó Ruth.

—Sí. López y yo nos bastamos para el caso. West te protegerá... aunque espero que en este refugio os halléis a cubierto de todo mal.

Para evitar que ella pudiese oponerse, Law le dirigió una sonrisa rápida y oprimió sus manos alentadoramente. La cuestión quedó zanjada sin más polémicas.

Westaco, por su parte, accedió a convertirse en acompañante de Ruth de mil amores. Cualquier cosa era preferible a la presencia de Ted —por quien se abrasaba en deseos de pelea— y la perspectiva de escoltar a la muchacha mientras se llevaba a cabo la inhumación, casi consiguió devolverle la jovialidad.

Law y López se ajustaron los equipos y cerraron los yelmos. Dispuestos para salir al exterior.

Una vieja manta térmica serviría de improvisado ataúd al infeliz que pagó con su vida las apetencias de un monstruo de Io. La despedida fue breve, concisa. Volvían otra vez a sentirse dominados por el silencio, igual que seres vivos habitando un mundo de soledad inconcebible. Ruth sonrió valientemente; pero, cuando la compuerta quedó cerrada, no pudo contener un sollozo.

—Tengo miedo por él, Dale —murmuró.

—Desecha los temores. Law ha nacido con buena estrella... y nada existe capaz de eclipsarla.

Afuera, moviéndose con fácil soltura de ingravidez, los dos hombres acababan de dejar atrás la oquedad que semiocultaba el túnel de comunicación.

Llevaban la termomanta cogida por las puntas y en el centro, ligeramente combado, se veía el bulto liviano que correspondía a los restos del cadáver.

Ted López, indicando su intención por señas, abrió la marcha en dirección a un estrecho cañón situado cien metros atrás de la estación secreta.

Dos cosas estaban ocurriendo entonces no lejos de allí. Dos cosas... sorprendentes por demás.

La primera, poseía forma reptilesca, la protegía un soberbio caparazón azul y se movía, sigilosa, tratando de ocultarse entre las erosionadas grietas del cañón. ¡Había descubierto a los seres que avanzaban!

La segunda...

Seis hombres armados y silenciosos acababan de ocultarse, a una indicación del que parecía su jefe, cuando los inesperados enterradores hicieron su aparición en la superficie torturada de Io.

Se avecinaban, como en una tempestad espacial con gran aparato

eléctrico, trascendentes acontecimientos. A veces, el destino juega su baza en el momento más inesperado y trágico.

CAPÍTULO VI

EL IODONTE AZUL

No se detuvieron a la entrada del cañón. Las desiguales paredes, surcadas de profundas cicatrices geológicas, causaban respeto. Nada tan inhóspito y deprimente como la visión de aquel panorama aterrador para comprender la malignidad del tercer satélite de Júpiter.

López escogió una porción de terreno devastado por un colosal corrimiento. Alguna sacudida sísmica, tan frecuentes en los mundos convulsos allende la frontera de Marte, abrió la llaga del suelo. De hecho, constituía una fosa preparada de antemano por la diestra furibunda de la Naturaleza. Aquél sería el mausoleo funerario del *informador*. Su última morada. El pudridero astral de sus despojos.

Allí, sin contemplaciones, Ted dejó caer la manta y la masa descompuesta que encerraba. El sepelio resultó más sencillo y cómodo de lo que esperaba, puesto que no requirió esfuerzo alguno por su parte. Se habría retirado enseguida, sin mayores ceremonias, a no ser porque Law, hincando una rodilla en tierra, dedicó una corta oración al hermano de raza.

Supo que rezaba al verle mover los labios en inaudible bisbiseo. Se sintió condescendiente y esperó.

Entonces, se produjo un sonido reptante a escasa distancia de ambos. Algunas piedrecillas, desprendiéndose, rodaron de risco en risco. La tenue atmósfera de Io, compuesta de excitables gases químicos, propalaba el ruido débilmente. Sin embargo, ninguno de los dos terrícolas escuchó el aviso fatal.

Los yelmos —en cuyo interior silbaba el oxígeno a cada inhalación o exhalación— impedían que captasen manifestaciones externas. La primera noticia que López tuvo respecto a la presencia del *iodonte* azul fue... ¡un terrorífico choque por la espalda! ¡Un ataque que falló por milímetros!

De este modo, horrorizados, empezó un combate que ahogó el silencio y en el cual sintieron todos los pánicos que el ser humano es capaz de sufrir. ¡Una lucha de hombres sin armas contra aquella fiera gigantesca! ¡La fauna salvaje del Cosmos ansiosa de exterminar a la fauna civilizada de la Tierra!

López, proyectado por el golpetazo, derribó a Law cuan largo era. El espaciopiloto tuvo que asirse desesperadamente al borde de la grieta para no hundirse en la sima que utilizaron como fosa. Gritó... ¡y el grito le ensordeció sus propios oídos!

Al alzar la vista, temiendo que su acompañante pretendiera

librarse de él, vio, inmenso y espumeante… ¡al *iodonte* del satélite jupiteriano! ¡Estaba a menos de tres metros de él!

Era un batracio. López acertó al equipararlo a una salamandra. Al menos, en lo tocante a su forma.

La pavorosa boca, erizada de agudísimos dientes, chascaba en el vacío tratando de atrapar a sus presas. Todo el cuerpo, desde la erecta cabeza unicórnica a la cola flagelante y vivaz, se hallaba recubierto de una costra ósea, acaparazonada, que le otorgaba cierta apariencia tortuguesca. Los ojos redondos, brillantes y saltones, miraban en todos sentidos, girando asombrosamente dentro de las órbitas, sin párpados ni pestañas. ¡Unas pupilas inyectadas en sangre verdosa!

El *iodonte*, dado su apabullante tamaño —ya que a mundos pequeños corresponden siempre gigantescos moradores— no se desplazaba con excesiva rapidez. Ocurría, ciertamente, todo lo contrario que con los terrícolas. Éstos, más ágiles que insectos, podían saltar y correr ejecutando un esfuerzo físico que en la Tierra habría sido considerado sobrehumano o imposible.

De todas formas, su manifiesta desventaja resaltaba palpablemente, y a ella cabía añadir, como infortunado colofón, el hecho de encontrarse totalmente desarmados.

Tal vez por esta razón, comprendiendo la inutilidad de una resistencia a todas luces suicida, López optó inmediatamente por la huida. ¡Escapar de allí era la solución! ¡Salvar los cien metros y pico que le separaban del refugio secreto, por cuya entrada jamás podría pasar el voluminoso corpachón del monstruo!

Law, sudando de angustia dentro de su equipo termorregulado —que ahora consideraba tan insoportable y abrasador como un horno atómico, pese a la frigidez horrible del espacio—, se afanaba en recuperar el equilibrio y la estabilidad al borde mismo de la grieta funeraria. Con el rabillo del ojo, velocísimamente, observó la desesperada carrera de López en pos de su salvación.

—¡No se mueva! —gritó, a sabiendas de que su voz sería irremisiblemente ahogada—. ¡No delate la presencia! ¡Quizá esos ojos saltones son ciegos…!

Suponía algo por el estilo. Tenía razones fundadas para creerlo después del error de cálculo que obligó al *iodonte* a fallar la dentellada y conociendo —por boca de Ted— lo desarrolladísimo de su sentido olfatorio. Pero el aventurero no le oyó. Acaso tampoco habría obedecido en el supuesto de escuchar la advertencia. Le dominaba el miedo. Un terror que superaba cualquier encasillamiento. Nada hubiese logrado retenerlo allí.

Y sin embargo, hasta cierto punto, la salvación residía en la inmovilidad. ¡Law lo intuyó acertadamente!

Tal vez guiado por el sonido, y ayudado por una parcial visión de

conjunto, el *iodonte* giró la infernal cabezota en lo alto del cuello, y localizó al fugitivo. Igual que una montaña azul animada de vida, derribando gruesos peñascos y, sin duda, profiriendo infernales rugidos, pasó como una exhalación junto al acurrucado Law. ¡Una masa pétrea en acción devastadora!

Las cuatro patas cortas, gordezuelas, se movían con torpe celeridad. Ted López, que brincaba cual pulga inverosímil... ¡quedó atajado a mitad del camino! Su rostro transfigurado, agónico, reflejó claramente los sentimientos dentro del yelmo transparente. ¡Sabía que iba a morir despedazado!

Helado de espanto, pero subyugado a su pesar por la fantástica representación animal de Io, Law se aplastó en tierra y contempló la formidable agresión. Su corazón, emocionado, casi dejó de latir. ¡Qué demoníaca visión, Dios Todopoderoso!

Las mandíbulas, abiertas desmesuradamente, se cerraron con fuerza cerca del yelmo que protegía la cabeza de López. ¡No le pilló por inexplicable error! El contrabandista, perdido el dominio de sus reacciones y enloquecido de terror, saltó hacia atrás. ¡El salto lo alejó del refugio! Su espalda tropezó con las estribaciones rocosas del cañón, y éstas lo devolvieron, como en un rebote de pelota... ¡contra el monstruo!

—¡No! —exclamó Law inconteniblemente.

No hubo sonido alguno. ¡Maldito silencio! Pero en el cerebro de Law, igual que entrando por los conductos auditivos, resonó el crujir de huesos cuando los dientes serraron una de las piernas de Ted... ¡cortándola por arriba del muslo! ¡Una dentellada que eliminó el miembro de raíz! ¡Cojo para siempre!

Se puso en pie, aturdido, y una llama homicida abrasó su pecho. ¡Bestia carnívora del averno! ¡El ataque revolvía hasta las más recónditas fibras de su ser! Un resorte inmaterial desató en él todas las furias atávicas. ¡Le impulsó a dar la cara!

Cierta parte de su razón le ordenaba permanecer inmóvil. ¡Quieto! Mas el resto, sublevándose, parecía empujarlo a la pelea. ¡A la destrucción del siniestro bicho espacial! ¿Cómo lograrlo? ¿De qué medios podría valerse para ello? ¡Si estaba desarmado!

Piedras...

La idea nació en su mente y lo envalentonó. Debió rechazarla de inmediato, por absurda. A fin de cuentas... ¿qué le importaba a él Ted López? ¡Pero no se trataba sólo de Ted!

Aquel monstruo, digna materialización del Cosmos, iba a devorar a un congénere terrícola. ¡A un hermano de especie! Aunque fuese con las manos desnudas, Law Baxter no podía permanecer impasible contemplando la carnicería fatal. Él, Hombre, materialización de la Tierra... ¡retaba a la bestia del espacio! ¡Un reto en el que no existían

ventajas a favor del ser racional!

Brincando, armado de una roca aristada y rojiza, Law avanzó hacia su ciclópeo adversario. ¡Qué lección de solidaridad y heroísmo!

Su corazón era un caos de latidos repercutiendo, atronadores, en el febril cerebro. Mientras saltaba, rezó para conseguir su objetivo. ¡Uno de los ojos saltones! ¡Dios haría el resto!

De Ted López apenas quedaba nada... Acabó su sonrisa. Sus aventuras. Sus episodios de contrabando a las órdenes de Karl Busse. Era ya una piltrafa devorada, igual que el *informador*. Sin pierna, sin tronco, roto el yelmo que encerraba la masa decapitada... ¡Al ataque, Law! ¡Demuéstrale al *iodonte* lo que es un Hombre!

No pensaba en otra cosa. ¡Se sentía ebrio por el ansia de matar! Grande, acaparazonado, hozando su festín sangriento... ¡la fiera ignoraba el peligro que se avecinaba! ¡Y mantenía los ojos muy abiertos! ¡Los ojos!

Law se encaramó a un peñasco. Entonces —¡y sólo entonces!— el *iodonte* giró la cabezota de unicornio fantástico y clavó en el minúsculo enemigo las saltonas pupilas veteadas de verde. ¡Ojos grandes y redondos! ¡Fauces abiertas! Un movimiento lateral de cola... ¡Una contracción para saltar!

Reuniendo todas las fuerzas, colérico y salvaje, el terrícola arrojó la roca con magistral puntería. No hubo sonido. Ninguno. ¡Silencio mil veces peor que el trueno!

Pero el *iodonte* se retorció. Se revolcó brutalmente. La cola azotó nubes químicas y pesadas moles pétreas. Un río de pasta verde, grumosa, resbalaba por su ojo izquierdo. ¡Un ojo aplastado por la criatura de la Tierra! ¡El mejor luchador de todas las épocas pasadas, presentes y remotas! He aquí otra victoria del gran exponente: ¡El Hombre!

Mas, aunque ganada una batalla... ¡la guerra no había terminado! ¡Y sería sin cuartel!

Law soltó una bocanada de contenido aliento que casi logró empañar el interior del yelmo. Su cuerpo entero ardía de excitación. La bestia, tuerta y dolorida, cargó contra él. ¡Arriba, Law! ¡Salta!

La orden fue mental. ¡Penetrante! Law tomó impulso y *voló* hacia atrás. ¡Las fauces dentadas se cerraron en el peñasco, arrancando fragmentos. Un segundo de demora y... ¡la aniquilación!

Antes de que el batracio astral se repusiera de la sorpresa, Law corrió en dirección contraria. ¡No quería huir! ¡Seguía la batalla iniciada por el Hombre! ¡Hasta el fin!

Otra piedra pesadísima. Quizá media tonelada... en la Tierra. La alzó en vilo y... ¡Un estallido retumbó en su cabeza! ¡Un *sonido* producido por el irresistible dolor!

Se descubrió gravitando en el vacío, igual que una burbuja

artificial. Sin duda, debió perder el sentido durante brevísimos instantes. El *iodonte* le había propinado un coletazo a ciegas, de refilón… ¡y bastó para elevarlo treinta metros! Abajo, aguardando… ¡esperaba el monstruo!

Law ya no conseguía controlar sus reflejos. El golpe y la ascensión vertiginosa lo tenían anonadado

Sabía que bordeaba el delgado límite de la derrota. El espíritu de lucha se conservaba íntegro; pero las fuerzas físicas fallaban en su parte más débil. Invocó al Señor de todos los mundos y todos los espacios. No pudo explicar exactamente lo que ocurrió, dado su progresivo embotamiento. Acaso fue un milagro. Pero hubo una cosa cierta. Contundente e irrefutable.

Mientras caía suavemente… ¡un rayo rojo cruzó la atmósfera enrarecida! ¡Un rayo que chisporroteaba y lucía cegadoramente!

Se sintió descansar en la tierra cuarteada y áspera. Suelo geológico irregular. Reposó, jadeante, sin que nada ni nadie se personase a turbar el inesperado descanso. Silencio. ¡Silencio de tumba! ¿Había muerto ya? ¿Era éste el fin de todo? Le ganaba, poco a poco, la inconsciencia.

Cuando alcanzó a coordinar impresiones y pudo reconstruir la desorganización que reinaba en su cerebro, vio al *iodonte* no lejos de él. Tronchado, manando sangre verde, palpitando aún en los últimos estertores de agonía. Tras una ondulación del terreno, humeantes todavía las armas, cuatro hombres equipados de modo inconfundible, lo miraban… y aguardaban.

¡Cuatro miembros de una Patrulla Cósmica acababan de salvarle la vida! ¡Ahora podía empezar otra clase de muerte!

CAPÍTULO VII

ALIANZA

El condestable Kurano de la División Sideral Terrestre —alto, fornido y bronceado— contemplaba a sus tres detenidos con una expresión que era mezcla de ironía, cordialidad y comprensión. No parecía guardarles rencor ni sentir hacia ellos ensañamiento. Sus hombres, los restantes miembros de la espaciopatrulla, guardaban respetuoso silencio.

—Les creo —dijo, al fin—. Estoy seguro de que su relato es veraz y la confesión sincera. Pero la culpabilidad o inocencia no puedo decidirla yo. Un tribunal de justicia les juzgará con toda imparcialidad. Espero que sirvan de algo los atenuantes.

—Condestable... —murmuró Ruth.

—Dígame, señora Baxter.

—¿Qué considera usted por atenuantes?

—El hecho de que se embarcasen en la empresa ignorantes del cargamento que realmente transportaban. Para su esposo, no cabe duda de que el protoactinio hidrogenado resultaba inocente de todo punto. Así hubiese sido, en verdad. Jamás hasta entonces, habían concertado tratos con Ted López ni las gentes de Karl Busse. No podía sospechar que el protoactinio era sólo el disfraz para ocultar una elevada partida de *fixofilina*. López le ofreció una explicación bastante verosímil del motivo que le forzaba a utilizar un punto de reunión tan extraño como las cincuenta espaciomillas al norte de Callisto. Según él, la competencia les habría arrebatado los bloques y esta precipitación contribuiría a impedirles obtener mayores beneficios. Convenía, pues, mantener en secreto la descarga. Comprendo que su marido se dejase engañar. En realidad, también esta vez la Policía Cósmica habría sido burlada, ya que el carguero de la “Transpace Inc” nunca despertaría nuestros recelos. ¿No siente curiosidad, señor Baxter, de conocer la razón de que les interceptáramos en norte de Callisto?

Law, que permanecía meditabundo, ensimismado en sus propias ideas y todavía bajo la fuerte impresión de la pelea con el monstruo, se encogió de hombros.

—Supongo que andaban al acecho desde mucho tiempo atrás —contestó.

—Sí. Pero Karl Busse es un genio esquivando a la Ley. Precisamente, ahora le estábamos buscando por los alrededores de Saturno. Posee, como ningún otro contrabandista, el don maligno de

desorientarnos. Una delación, inesperada, nos puso sobre la pista. Detuvimos al intendente Harper, de Hilda, y le obligamos a confesar de plano. Mas todo se lo debemos al ingeniero Lalond, de la Compañía Minera de…

—¡Lalond! —exclamó Ruth.

—¿Le conoce, señora? —se interesó Kurano.

—¡Oh, sí! —la joven suspiró profundamente—. Eso aclara las cosas.

—Un gran hombre, el ingeniero Lalond. Su celo y colaboración con la Ley…

—¡Una sabandija! —gruñó Westaco—. No se deje deslumbrar por las apariencias, condestable. ¡Lalond hizo la denuncia por despecho!

—¿Despecho?

—Mi amigo tiene razón —afirmó Law—. El ingeniero… estaba enamorado de Ruth. Cuando nos casamos, el odio le obligó a buscar una excusa para causarnos conflictos. No cabe duda de que nos ha metido en un buen atolladero.

—Curioso —musitó el condestable Kurano—. Ya veo que la Policía Cósmica sólo sabe una parte de la verdadera historia. Al parecer, posee bastantes ramificaciones.

—Eso poco importa ahora —añadió Law—. Lo único que tiene valor es el hecho de que hemos caído en su poder. Le felicito, condestable. Podrán confiscar la *fixofilina*, detener a Karl Busse cuando aparezca por aquí y recluirnos a nosotros, por complicidad, en una penitenciaría sideral hasta que nos llegue la hora de morir.

—Se anticipa a los acontecimientos, señor Baxter —sonrió Kurano —. Yo espero que la Justicia les trate con benevolencia. Están detenidos… pero nadie ha hablado de cárceles.

—¡Y nosotros que creíamos haberles despistado! —rezongó Dale Westaco.

—No. Eso es difícil. Ya oyeron a Busse. La Policía Cósmica cuenta con eficaces recursos para la localización. Karl es nuestro único fracaso, nuestra jaqueca continua. Por ello anhelamos atraparle desde hace tiempo. Sospechábamos que mantenía bases secretas en pequeños astros… y considero un verdadero hallazgo la localización de ésta. Más tarde, caeremos sobre las otras. Por lo pronto, él nos interesa mucho más. Al parecer, tiene que venir aquí para rescatarles. Una ocasión magnífica se nos ofrece. ¿Qué responderían ustedes si yo les pidiese colaboración?

Law Baxter fue a replicar; pero se contuvo y miró a Ruth antes de hacerlo. Su esposa le sonrió con los ojos y alentó a que se mostrase dúctil.

—¿Ganaríamos algo con ello? —terció Westaco, intrigado.

—Más atenuantes —dijo Kurano—. Al fin, habría tantos que…

bien podría olvidarse su episódica actuación.

—¿Seríamos declarados inocentes?

—Quizá. La absolución total no puedo prometerla, compréndanme. Pero creo que nada se pierde intentando una alianza. Seré más explícito: A Karl Busse hay que pillarle *con las manos en la masa*. Si le detuviéramos aquí, y le llevásemos a juicio basándonos en el testimonio aportado por ustedes, es muy probable que terminase eludiendo la acción punitiva de la Ley. Tengo experiencia en esto. Todos sabemos que se trata de un hombre inmensamente rico y poderoso. Ustedes, además, no representan un decisivo argumento testifical. Otra cosa sería, por ejemplo, si Ted López no hubiese fallecido. Él podía acusarle de hechos que ignoramos, abatirle, acorralarle, quitarle la máscara por completo... Si es cierto que mantiene una doble personalidad, la otra, la conocida por todos, será irreprochable. Un respetado y digno caballero. A los caballeros de semejante índole no se les puede acusar de contrabandistas por simples sospechas. No llegaríamos a la condena total aportando pruebas circunstanciales, ¿entienden? Pero si le detenemos *in fraganti*... ¡no habrá paliativos a su delito! Por eso les pido colaboración. Aunque parezca paradójico, necesito su ayuda tanto como ustedes necesitan la mía. Y no creo que debamos perder el tiempo en discusiones. Ustedes tienen la palabra, amigos.

Sí. El alegato del condestable Kurano abría una providencial puerta en el callejón sin salida donde los terrícolas se hallaban bloqueados. Una suerte. Ruth y Dale, al unísono, clavaron sus miradas en Law, como dándole a entender que dejaban en sus manos la resolución final.

—Hablemos de esa alianza, condestable —autorizó Baxter—. En principio, me interesa la colaboración.

—Lo presumía. Puede ser un factor decisivo... Desde que recibimos la denuncia e hicimos la detención del intendente Harper, amigo personal de López y miembro anónimo de la organización de Busse, solicitamos informes de “Transpace Inc” a la División Sideral de Marte. Los informes demostraron algo que ya intuíamos. Es decir: Que “Transpace Inc” constituye una sociedad debidamente registrada, honorable hasta el momento e integrada por dos socios cuya única finalidad es el espacio-transporte en todas sus variantes. Los socios, usted y el señor Westaco, jamás han sido procesados por nada delictivo. Cumplen sus contratos y pagan religiosamente los impuestos fiscales en vigencia. Nada empaña su honradez. Ya se darán cuenta de que les hablo sinceramente. Las órdenes recibidas al conocer el punto de reunión cerca de Callisto hicieron hincapié en estas concreciones... y ahí queda explicado el motivo por el cual les permitimos escapar mientras batíamos al cohete rojo de los contrabandistas.

Las palabras de Kurano contribuían a calmar las lógicas inquietudes de Ruth, Law y Dale. Se hallaban ante un hombre íntegro, fiel cumplidor de su deber, pero consciente del sentido caballeroso y trato que siempre ha de distinguir al delincuente nato del meramente circunstancial.

—No hubo dificultad en encontrar sus huellas —prosiguió—. Averiguamos, a las pocas horas, que tomaron superficie en Io. Aquí, pues, debíamos venir a buscarles. Sabida la importancia del envío de *fixofilina*, no fue trabajo colegir la inmediata reacción de Karl Busse. Mediante un procedimiento que no viene al caso describir, interceptamos la conexión efectuada esta mañana y escuchamos la conversación mantenida entre Busse y López. En ella, para reafirmar nuestra creencia, usted se resistió a aceptar dinero alguno y abominó del asunto. Un noble gesto… y más atenuantes —sonrió.

—¡Son ustedes prodigiosos! —alabó Westaco—. ¿Cómo es posible que Karl se les haya escapado hasta ahora?

—Porque tiene dos caras, amigo. Dos personalidades perfectamente discriminadas y, además, yuxtapuestas. No hay forma humana de establecer parangón entre ellas. Mientras dirige su organización, Busse es un depravado moral que sólo atiende al lucro. Al abandonar la esfera delictiva, adopta, según sus propias palabras, la *posse* de un ocioso potentado amigo de viajar por placer. Hay varios sospechosos encerrados dentro de tal categoría. Todos ellos, sin pruebas contundentes, se considerarían intocables ante un jurado. Debemos andar con pies de plomo. Un patinazo evidenciaría la precipitación de la Policía Cósmica y correríamos un espantoso ridículo. La Ley, en su posición ridícula, resulta indefendible y altamente decepcionante. No —volvió a sonreír—. Quiero detenerle en el momento preciso, privándole de argumentos. He traído una microcámara tridimensional para impresionar la detención. Será un documento vivo que le conducirá a la cámara de fulminación. ¿Cuento con ustedes para intentarlo?

—Creo que una negativa estaría fuera de lugar —repuso, aliviado, Law.

—Estoy de acuerdo con usted. Una negativa, o una actuación a medias, no les favorecería. Deben entregarse por entero a la realización del plan. Yo les marcaré las directrices del asunto para que Busse carezca de escapatoria.

—Bien, condestable. Márquelas.

—Son muy sencillas. Básicamente, requieren olvidarse de que nosotros hemos intervenido… Ustedes actuarán como si nada hubiese ocurrido. No omitirán, desde luego, el trágico desenlace acaecido a López. Nosotros nos retiraremos de escena, dejándoles en entera libertad de acción. Cuando Karl Busse comparezca, le explicarán lo

sucedido y se pondrán a su disposición para conducirle al lugar donde quedó la astronave de carga. Nosotros irrumpiremos allí... ¡y caeremos sobre Busse implacablemente!

—¿Cómo averiguarán la situación de mi carguero? —preguntó Law—. Las cordilleras que lo rodean impiden...

—No se inquiete. Estaremos esperando. Conocemos el sitio... porque lo visitamos antes de localizar la base secreta.

—¡Asombroso! —se admiró Westaco.

—No. Perfectamente técnico. Ya les dije que la Policía Cósmica cuenta con revolucionarios medios de localización... De haberlo pretendido, hace tiempo que la *fixofilina* habría sido depositada en el explorocuartel de Io. Pero no nos conviene destruir el cebo que ha de otorgarnos la prueba material de su culpabilidad sin cortapisas. Una prueba que buscamos desde mucho tiempo atrás y para la cual hemos destacado a los más valiosos agentes... algunos de los cuales no podrán contarlo. La historia delictiva de Busse ocuparía medio centenar de radiovolúmenes. En ella hay materia de estudio sobrada y demuestra que los restantes contrabandistas del espacio son poco menos que aprendices. —Kurano, después de una breve pausa, interrogó—: ¿Ha comprendido mi plan, señor Baxter?

—Totalmente.

—¿Y le seduce?

—Secundaré sus propósitos —decidió Law—. No me disgusta, condestable. Aunque, tal vez, convendría antes hacerle una sincera confesión. Llegué a concertar cien mil...

—No importa —interrumpió—. Ya supongo que la debilidad humana, a veces, no puede resistir ciertas tentaciones. Para nadie es un secreto la fragilidad del hombre. Sea como fuere, lo cierto es que usted se enfrentó valientemente a Busse... y que nosotros captamos, y registramos, el verdadero espíritu de sus palabras durante la teletransmisión multióndica.

—¿Lo disculpa?

—Sí. Ha vencido esa debilidad pasajera, señor Baxter. Me basta mirar a los ojos de su esposa para comprender que usted es, de continuo, tal como se muestra ahora... no como quiso mostrarse antes ante Ted López.

—Le agradezco...

—Tengo confianza. Eso es todo. Posee conciencia de sus actos, dignidad y arrojo. Recuerdo la pelea sostenida con el *iodonte*. Pudo, sin riesgo, permanecer oculto en el cañón. Pero fue a jugarse la vida, porque le repugnaba la idea de ver morir despedazado a Ted sin hacer nada por impedirlo. Eso le honra. Me agrada la alianza. Y haré cuanto pueda por atenuar las acusaciones que pesarán sobre ustedes. Conserven un rayo de esperanza. De una cosa estoy seguro: Si me

ayudan, habrán ganado noventa probabilidades a su favor.

—Gracias, condestable.

—No las merezco. Soy un representante de la Justicia, y no hacer algo en favor de víctimas ignorantes de su delito... sería injusto. Bien, Baxter. Ésta es mi mano.

Law Baxter, risueño, estrechó la diestra del condestable.

Ruth, emocionada, inclinó la cabeza para que nadie apreciase sus furtivas lágrimas. Dale Westaco, rascándose la roja pelambrera, dijo unas palabras que resumieron, en exacta condensación, un pensamiento afín en todas las mentes.

—Creo que acabamos de encontrarnos a nosotros mismos. ¡No me gustaría estar en la piel de Karl Busse!

CAPÍTULO VIII

El TIRANO DEL ESPACIO

Solos, de nuevo gozando de una libertad más ficticia que real, los tres terrícolas esperaban en la estación secreta de Io la prometida aparición de Karl Busse, contrabandista omnipotente y despótico tirano de las rutas sidéricas.

La espaciopatrulla policial, al frente Kurano, desapareció sigilosamente del lugar y tuvieron cuidado en borrar las huellas de su estancia, al objeto de no despertar las sospechas de los contrabandistas.

El día astral, luminoso pero frío, transcurrió hasta su mitad en aquella espera tensa, donde iban a jugar una carta preparada a doble partida. Si la artimaña urdida en combinación de la Ley para cazar a Busse daba el resultado apetecido, acaso quedaría borrada su desdichada participación en el asunto de las drogas y los amigos —con una esposa inesperada— se reincorporarían al mundo libre después de su regreso a Marte. Pero si algo vacilaba —y no debía subestimarse la inteligencia maléfica de Karl—, quedando, por tanto, al descubierto... mal lo pasarían a merced de fieras humanas del calibre de los despiadados aventureros.

Las horas transcurrían y en ello pensaban, sin abatimiento aunque con cierta prevención, cuando recios golpes repercutieron en la sólida compuerta que aislaba la cámara del túnel y el tenebroso exterior.

—¡Son ellos! —indicó Westaco poniéndose en pie de un salto—. No puedo confundirme. ¡Ha llegado el momento, Law!

—Calma —recomendó éste—. No hay que perder, bajo ningún concepto, el aspecto tranquilo. Busse no debe imaginar que ocultamos un doble juego... Tú, Ruth, procura mantenerte al margen. Déjanos a Dale y a mí para afrontar la situación. Espero convencerle, porque Busse es un hombre seguro de sí mismo y nada hay más fácil para ganarse a una persona egolatrizada que remachar en sus autoconvicciones. No aguarda fracasos. Por Dios... ¡hagámosle ver que el triunfo preside su actuación!

—Confía en mí —afirmó el pelirrojo.

—Haremos lo que dices. ¡Suerte, querido!

El propio Law, afectando una serenidad que estaba muy lejos de experimentar, franqueó el paso a los visitantes. Karl Busse —mofletudo, inescrutable y dominador— le obsequió con una plácida sonrisa antes de traspasar el umbral.

En silencio, comenzaron a despojarse de los equipos. Cuatro seres

le acompañaban. Cuatro individuos de pesadilla, diversos racialmente, a los que cabía encasillar en el concepto específico de *guardaespaldas*. De ellos, sólo había uno humano.

Los tres restantes, humanoides, pertenecían a especies galácticas benévolamente clasificadas entre las de apariencia física terrícola. Cierto que poseían cabeza erecta, dos ojos, dos brazos y un par de piernas que les permitían andar derechos. Aparte de esto, ni por la pigmentación epidérmica ni por la fisiología orgánica, podían merecer el distintivo de *hombres*.

Law conocía bien a las razas del espacio. A una buena parte de ellas. Éstas —mal que le pesase— resultaban inclasificables. Parecían jupiterianos de segundo orden, o neptúnicos de las ciénagas. Acaso, un producto híbrido del cruce de ambas especies. Naturalmente, en su forma más ínfima y baja. Basura.

Hez sideral dispuesta a cometer atrocidades a la menor insinuación. Buenos *guardaespaldas*. Adictos de Karl hasta el fanatismo. Su escolta personal, sin la que no daba un paso en el terreno profesional de la delincuencia contrabandista. E iban armados con pistolas radioprotónicas.

—Nosotros ya nos conocemos —dijo con voz tonante—. Me alegra volver a verles. Respecto a los que me acompañan... no hace falta citar sus nombres. Son *mis muchachos*.

—Ya veo. Compañía selecta.

—Elegida, es la palabra. Muy útil a mi trabajo.

—Ha tardado, Busse —observó Law, desviando el tema—. Nos tenía impacientes.

—Vengo desde muy lejos. Un lugar con sol... que calienta —respondió indiferente—. Espero que ya habrá concluido su impaciencia, Baxter —dirigió una mirada ávida, glotona, a la silenciosa Ruth—. Es usted más hermosa al natural que por teletransmisión. Mucho más. Lástima que no se trate de una mercancía en venta. Me encantaría adquirirla... a cualquier precio.

—Acaba de decir una inconveniencia —observó Law con tirantez—. Es mejor que...

—Olvídela. Yo la considero un merecido homenaje a su lindísima esposa —Karl rió con cinismo—. ¡Oh, no sea tan susceptible ni puritano! Eso pertenece a otras épocas. Personalmente, me entusiasmaría que mi esposa despertase tales pasiones en los demás.

—Porque usted es un amoral —señaló, punzante, Westaco.

—Quizá —Karl Busse se alzó de hombros—. Echo a faltar la presencia de alguien. ¿Dónde está Ted?

—Mucho más lejos que el lugar de donde usted viene —respondió Law—. No volverá a verle más. Pero, si es su gusto... le llevaré hasta la tumba donde reposa.

—Déjelo. Esos espectáculos me deprimen el ánimo. ¿Muerto?

—Muerto —asintió Law.

—Descanse en paz —Busse hablaba con frialdad, igual que si la noticia no le afectase en absoluto o pronunciase descuidadamente las palabras—. ¿Cómo fue? ¿Puedo saberlo?

—Un *iodonte*.

—Magnífica bestia.

—Salimos a enterrar al *informador*. El bicho nos atacó por sorpresa y López cayó bajo sus fauces. Yo pude llegar hasta el refugio...

—Entendido —miró a Law con fijeza, casi insultante—. No quiero ponerlo en duda.

—Es la verdad.

—Si fue un *iodonte*, me evitó un trabajo. Si fueron ustedes, una molestia. De todas formas, Ted ya no pertenecía a mi organización. Era un fracasado.

—¿Como nosotros?

—Ustedes son unos pobres infelices arrastrados a la aventura por casualidad —volvió a mirar a Ruth, recreándose—. La señora es lo único divertido del asunto. Y también... lo único prometedor. Me seduce. Tengo mis planes sobre ella. Planes deliciosos.

—Siga diciendo inconveniencias... y le aplastaré la nariz de un puñetazo.

—No amenace, Baxter. Y menos a un superior. Cuando se proponga golpearme, si es lo bastante loco para pensarlo... ¡hágalo sin avisar!

—Yo no soy un traidor.

—Yo tampoco. Pero recuerde esto: No tolero amenazas de nadie. Cuantos me amenazaron, duermen ahora el sueño de los justos. Referente a usted, estúpido gallito en corral ajeno... ¡Dale lo suyo, Mawk!

La orden, seca y restallante como un trallazo de látigo, llegó al cerebro de Law cuando todavía se hallaba reflexionando en la odiosa personalidad del contrabandista.

Verdaderamente, no la esperaba. ¡Fue desconcertante! Busse mostró cierta convicción por el relato de la muerte de Ted y, además, carecía de motivos para atormentarlos. Sin embargo, vista la gallarda actitud de los terrícolas, debió creer conveniente una demostración. ¡Un atisbo de su fuerza!

El llamado Mawk, moviéndose agilísimamente, abofeteó a Law con las dos manos palmípedas. Algo así como dos trapazos húmedos en la cara. El joven se tambaleó bajo el impacto y rugió algo maldiciente entre dientes.

Antes de que pudiese reponerse de la sorpresa, Mawk repitió el

doble castigo y lo zancadilleó diestramente. Se desplomó en el suelo, aturdido. ¡El color había huido de su rostro! Pugnó por levantarse, pero…

—¡Os voy a…! —empezó el hercúleo Westaco lanzándose a la pelea.

—¡Tumbadle! —añadió Karl Busse con imperiosa voz.

Los tres *guardaespaldas*, actuando simultáneamente, se arrojaron sobre el pelirrojo para impedir su intervención. El humano fue el primero en llegar hasta él y Dale, poniendo en juego sus poderosísimos músculos, lo asió por la cintura, tomó impulso y lo estrelló, con gran ruido, al otro lado de la estancia. ¡No podían presumir ellos con qué clase de ciclón se las estaban viendo!

Uno de los humanoides, cruel, disparó un golpe bajo. El otro, aprovechando que Dale acababa de doblarse transido de dolor, descargó un rodillazo bestial en su espalda. Westaco perdió el aliento… ¡pero no cayó!

Vacilando sobre los pies, medio inconsciente, asestó un puñetazo capaz de derribar una montaña… ¡que falló lamentablemente! Antes de que consiguiese recuperar el equilibrio, los *guardaespaldas* lo tendieron en el piso rudamente, empleando malas artes e innobles fintas. Allí, gozando de la posición, lo machacaron a placer. Constituyó una diversión que apuraron al máximo.

Law también había perdido el sentido a manos del primer *muchacho* de Karl. Eran tipos sádicos, inhumanos, que experimentaban satisfacción viendo brotar la sangre roja de los terrícolas. Ruth gritó horrorizada y el propio Karl Busse, duro, la hizo callar a golpes.

Ésta fue la entrada triunfal del odioso déspota del espacio en la estación secreta de Io. Su tarjeta de visita más acreditativa.

Minutos más tarde, recuperándose trabajosamente, Law y Westaco volvieron a la consciencia. Había rencor en sus miradas. Por primera vez… ¡rencor auténtico!

Comprendían, por experiencia propia, la clase de sujetos con los que tenían que relacionarse. Gente depravada y brutal. Sin barreras morales. Ruth, cubierto el rostro entre las manos, sollozaba en un rincón. Parecía desquiciada… e invadida de asco.

—¡Qué desilusión, Baxter! —dijo Karl burlonamente—. Sus besos son fríos como el *hielo galáctico*. Un verdadero témpano con figura de mujer…

—¡Puerco repugnante…! Diga que me suelten un segundo. ¡Sólo un segundo! Le juro que…

—¡Bah! Un segundo es poca cosa. No jure. ¿Para qué vamos a dejarle suelto? Volvería a perder el sentido… quizá para siempre; y no me interesa desperdiciar el tiempo. Es usted soberbio y rebelde, Baxter. Habrá que meterlo en cintura. Ahora, aunque sea pálidamente,

ya tiene una idea de lo eficaces que resultan mis *muchachos*. Poseen un extraño don para apaciguar a los ariscos —desgranó una carcajada ofensiva—. No crea que olvido con facilidad. Todos ustedes se mostraron ayer altivos conmigo. ¡Su desdén me molestó! Ahora... considero que estamos en paz y en situación de emprender la marcha. Usted, Baxter, nos guiará hasta su carguero. Deseo solazarme con la visión de ese mar de *fixofilina* en polvo que han traído para mí.

—Usted es de los que utiliza la violencia para conseguirlo todo, ¿verdad? Puede que...

—Quizá está pensando en crear obstáculos —se anticipó Busse, siempre flemático.

—¡Qué gran poder de penetración!

—No se lo recomiendo. Los obstáculos son un error. Gran y desastroso error. El hecho de que López haya ido a ocupar su lugar reservado en el infierno no cambia el cariz de las cosas. De antemano, tenía dispuesto prescindir de él. Prefiero que haya desaparecido sin producirme el fastidio de verle morir... Contaba con usted para que me llevase a la astronave, Baxter.

Ante el silencio de Law, que desvió la vista de él con evidente desprecio, Karl prosiguió:

—Su esposa, su bella y frígida esposa, se quedará en este refugio.

—No podía esperarse menos de un tipo tan... —gruñó Westaco.

—Ella actuará de resorte para garantizar su total sumisión... La dejaré al cuidado de Smell, mi *muchacho* nacido en Ariel. Si usted conoce algo sobre los satélites de Urano sabrá, por ejemplo, que los espécimen que los pueblan sienten especial predilección por las mujeres terrícolas. ¡Les viene de raza! Son su manjar predilecto —rió cavernosamente—. Las comen poco a poco, deleitándose, con gran delicadeza y selección. Y redondean el festín... ¡bebiendo su propia sangre! Una vez, hace algún tiempo, Smell...

—¡Cállese! —gritó Law con los cabellos erizados.

Karl siguió riendo un poco más, satisfecho de los resultados.

—Bien. Creo que le he convencido —se volvió a sus esbirros—. Ponedles los equipos. Nos vamos. Tú, Smell, hazte cargo de la señora Baxter...

—¡No la toque! —bramó Law, forcejeando.

—Claro que no, amigo. Se lo aseguro. Smell será correcto... si exceptuamos algún mordisquito inocente. Pero no la devorará. Al menos... por el momento. Si usted se porta dócilmente, recuperará a su esposa toda *entera* al regresar. En caso contrario...

Dejó la frase inacabada; pero... ¡era tan terrible el significado elípsico!

Ante las risas hirientes de Karl y los sollozos angustiados de Ruth, los dos amigos fueron obligados a vestir los equipos espaciales de

superficie, imprescindibles para efectuar el recorrido hasta el escondrijo donde autogravitaba la astronave de plata y su riquísimo cargamento.

Iba a ser una marcha absurda y penosa, desfalleciente.

Dado que el camino hasta el *puesto* lo coronaron a pie, Karl Busse renunciaba tácitamente a utilizar su espacionave deportiva para recorrerlo a la inversa, ya que incurrirían en la eventualidad de que sus forzados guías jamás encontrasen el escondite al emplear un medio distinto de traslación. Convenía hacer siempre las cosas desde el punto de vista de la seguridad y exactitud.

Viajarían lentamente. Pero el tiempo no apremiaba demasiado al rey del contrabando sideral. Al fin y a la postre, los resultados eran lo único que contaba en su despiadada mente.

Encerrados en los equipos, con los yelmos ajustados herméticamente, volvía de nuevo el silencio impenetrable para todos. Un silencio que ahora casi consideraban bendito, porque, al menos, les privaba de escuchar a Busse y a sus sicarios por espacio de algunas horas.

La despedida fue atroz. Un juego de miradas ebrias de desesperación, incertidumbre y terror. ¡Ruth, indefensa, custodiada por un espécimen carnívoro de Ariel! Y ellos, entretanto... ¡alejándose más y más del refugio! ¿Cómo saber que Smell cumpliría las indicaciones de su jefe y no se dejaría arrastrar por un súbito instinto devorador?

Karl Busse, genio diabólico del mal, conocía el valor incalculable de la tortura moral, mil veces más espantosa que la física. Bajo la garantía de Ruth, se aseguraba la total sumisión de los cautivos. Nada intentarían. No habría rémoras ni trucos. Al contrario.

La fiebre de la impaciencia los obligaría a conducir a sus captores hasta la nave lo antes posible. ¡Gran cerebro el de Busse! Viéndolo actuar, desprovisto de escrúpulos y nervios, se comprendía que la Policía Cósmica jamás hubiese logrado atraparlo.

No cometía deslices ni dejaba nada al azar. En sus negros manejos no quedaban cabos sueltos. Hasta llegaba a dudarse que, escondido en la manga, no guardase algún nuevo as decisivo para esgrimirlo cuando los agentes de Kurano tratasen de apresarlo.

He aquí otra cuestión espinosa. ¿Llegarían a tiempo? ¿Saldría todo como habían planeado? ¿Valía la pena continuar con la farsa, hallándose Ruth sujeta a los caprichos bestiales del humanoide Smell? ¿Por qué no contar la verdad? ¿Por qué no decirle a Karl que ellos...?

Law se clavó los dientes en el labio inferior. ¡Basta! Quietos los nervios.

Serenidad y esperanza.

Aquélla iba a ser una dura lección que los obligaría, en lo

sucesivo, a no aceptar cargamentos sin el previo cumplimiento de todos los requisitos legales. Beyonde, el agente de Marte, consideraría una aventura increíble la que ellos estaban viviendo. ¿Volverían a Marte alguna vez? ¿Podrían, en realidad, contar los horrores a personas ajenas al episodio?

Ya empezaban de nuevo las preguntas incontestables. ¡Basta!

Law, jadeando, luchó por controlar sus nervios hiperalterados.

Caminaban. Muy próximos unos a otros, en grupo. Tierra cuarteada bajo sus botas de gruesa suela magnetoplómica. Silbidos del oxígeno junto a los tímpanos. Silencio exterior. Algo tan infinito y sobrecogedor como el espacio mismo.

A lo lejos, picachos retorcidos que engalanaba el *hielo galáctico*. Atmósfera química, explosiva y bullente. Charcas de amoníaco. Cielo negro, multipoblado de astros próximos y lejanos.

—Ruth… —musitó para sí—. ¡Oh, Ruth! Ten valor, por Dios. ¡Yo volveré a buscarte!

CAPÍTULO IX

LA INCÓGNITA

Estaban llegando. El camino se estrechaba por la senda que recorría el lecho de una vaguada escabrosa, para ensancharse, después, en la boca del desfiladero por arriba de cuyas paredes gravitaba la astronave.

Llegaban, sí. Unos minutos más de marcha lenta y precavida les separaban de la meta. ¡La meta!

Mientras avanzaban, Law recordó sus pensamientos del *día* que abandonaron el sector —en su mente terrícola seguía llamando día al espacio diurno para diferenciarlo del lapso crepuscular, ambos dilatadísimos en relación al término Tierra— y le horrorizaba comprobar la dimensional equivocación sufrida. Entonces, creyó que el regreso significaría la feliz conclusión de la aventura.

Ahora, cara a cara con la realidad, ya no se atrevía a calificar la vuelta de otra forma más halagüeña que considerándola un mero tránsito episódico de lo que bien podía ser la culminación de todos los desastres. Porque los factores que antes supusiera sólidos flotaban en el aire, revoloteantes, y tal vez podía causarles trastornos su evidente ingravidez. De la eficacia de Kurano dependían sus vidas... y la de Ruth, terriblemente sola ante su canibalesco guardián. Karl Busse, seguro de su fuerza, no evidenciaba ni pasajeros síntomas de intranquilidad.

La senda terminaba, ancha, cabe a la boca del cañón. Desde allí, refulgiendo al destellar las estrellas sobre su plateada superficie, veían la mole metálica del carguero.

Una serie de torcidos picachos, como dientes gigantescos de un pavoroso maxilar inferior, se empinaban hacia la clarifosfórica bóveda espacial.

Karl Busse, que abría la marcha del grupo en unión de su *guardaespaldas* humano, se detuvo y volvió el rostro para dirigir una fría mirada a Law.

Sin palabras, abatidamente, el joven levantó el brazo y señaló la nave monumental. *Allí* —parecía estar diciendo— tiene usted su maldita *fixofilina*.

Busse afirmó dentro del yelmo y luego, con un ademán, reanudaron los pasos. No había viento; pero los velos de gases químicos danzaban macabramente ante los farallones rocosos.

Sortearon una charca. Aquel paisaje infernal, típico del satélite jupiteriano, se extendía con toda su crudeza de averno.

Al fin, próximos al destino, el picacho que emplearon a su llegada para realizar el descenso se elevó ante ellos. Law, por gestos, intentó hacerles comprender:

—Lo utilizaremos como escalera. No hay otra forma de subir a bordo.

—Usted delante —contestó Busse, también recurriendo a la mímica, con las manos abiertas en actitud imitadora.

Arriba. ¡Y sin ver huellas de la presencia de Kurano! ¿Qué aguardaba? ¿Habría equivocado el camino? ¡Ya tenía al anhelado Karl Busse dentro de la red! ¿A santo de qué perder un tiempo que era decisivo para Ruth? ¡Oh, si hubiese podido desahogarse gritándolo a los cuatro vientos!

La ascensión no tuvo nada de fatigosa.

Bastaba sujetarse a un saliente y dar un leve impulso con las puntas de los pies, para salir proyectado hacia lo alto. En algunos aspectos, más que trepar, parecía que buceasen en las profundidades de un océano sin líquido, un etéreo mar que en nada lastraba los movimientos.

Law, presuroso, alcanzó el primero la cumbre. El gran carguero, cruzado de proa a popa por el inmenso letrero de “TRANSPACE INC”, se le ofrecía fascinantemente. Sin aguardar a que Karl le incitase a ello, accionó la compuerta por el control exterior. La corredera, deslizándose, mostró la bocaza oscura, igual que la entrada cuadrangular de una caverna insondable.

Conteniendo la impaciencia que le abrasaba el pecho, esperó a los demás. Karl, Westaco, los esbirros patibularios...

Adentro. Busse dio la orden con un golpe de cabeza. Pasaron. Una vez en la cámara de recepción, parpadeando a causa de la fuerte iluminación mercurial que el espaciopiloto acababa de encender con un giro de manija, procedieron a quedar en libertad de los enojosos equipos astrales.

Law movió el control y la compuerta quedó cerrada. Sólo por la lucerna, encuadrado como en una superpantalla fílmica, podían contemplar ahora el vasto panorama de Io. ¡Todos dentro de la ratonera!

—Una hermosa nave —fueron las primeras palabras del contrabandista—. Condúzcame al almacén. Deseo comprobar el estado de la mercancía.

—Oiga, Busse... ¡yo he cumplido! ¿Por qué no me deja en libertad para...?

—No se irrite —sonrió Karl—. Y destierre las malas ideas que hierven en su cerebro. La señora Baxter está en buenas manos. Smell la cuidará con más delicadeza que un escultor a su perfecta obra de arte.

—Pero usted dijo…

—Sé bien lo que dije. La devoraría con fruición hasta el último hueso. ¡Conozco a Smell! Sin embargo, jamás ha desobedecido mis órdenes. Acaso se atreva a lamerla, igual que hacen los chicos con un suculento caramelo… ¡pero no le hincará el diente! Se lo garantizo… por ahora.

—¡Le aborrezco, Busse! ¡Es usted un engendro maquiavélico al que…!

Karl no hizo otra cosa que mover un dedo. Interpretando su gesto, los tres *guardaespaldas* avanzaron amenazadoramente en dirección al furioso Law y su no menos furioso amigo. ¡Iban a ofrecerles otra muestra de su salvaje poder! Comprendiendo que nada ganarían, excepto, acaso, perder la vida, Law y Westaco depusieron la actitud hostil.

—No es necesario —decidió el jefe—. Parece que algo les ha tranquilizado. ¿No es así, Baxter? Andando. ¡Muéstreme el cargamento!

Obedecer. ¡Qué humillante resulta en algunas ocasiones! Law, pálido y trémulo de ira, echó a andar, iniciando la marcha.

Le había costado un sobrehumano esfuerzo contener los desaforados deseos de lanzarse sobre Karl y retorcerle el cuello sin piedad. ¡Lo merecía! Los hacía sufrir, como sin duda hizo antes a innumerables desdichados que tuvieron la desgracia de caer en sus garras. Pero, a última hora, cuando casi acariciaban la ilusión de un pronto desquite, no convenía echarlo todo a rodar. ¡Dios bendito! ¿Qué ocurría con el pacienzudo condestable Kurano? ¡Qué desesperante incógnita!

Un elevador ultrarrápido los trasladó a las dilatadas salas de almacenamiento.

Al contemplar los centelleos de luz reflejándose en las pulidas caras de los bloques de protoactinio hidrogenado, Karl Busse desgranó una complacida risita. ¡Eran el estuche inocente que encerraba la peligrosa droga!

Como extasiado y turbado de puro goce, observó las hileras perfectamente ordenadas del falso metal. No demostraba prisa. Se recreaba en la visión y, quizá, dedicaba un rápido recuento mental de las ganancias que le esperaban.

—¡Ahí la tiene! —casi gritó Law—. ¡Toda para usted! Sólo le pido… ¡que me deje volver junto a mi esposa!

—¡Qué estúpido afán, Baxter! —se burló—. Es tenaz como un virus contagioso. No transforme mi buen humor en justa ira. Le prevengo. Si tiene dos dedos de frente se dará cuenta de que, una vez localizado el cargamento, ustedes ya no me sirven de nada. ¡De nada, imbéciles!

—López nos prometió…

—¡Deje en paz a López! Hablaba demasiado.

—Si ha de matarnos… ¡hágalo cuanto antes! —gruñó el envarado Westaco.

—¿Para qué? No hagan que destroce el deleite. Hasta en una vulgar ejecución existe placer… y yo soy un sibarita de esta clase de placeres. Me producen honda voluptuosidad. No se impacienten —se volvió para mirar al mercenario humano—. Abre un bloque, Zoppo. Quiero ver la nieve en polvo que enloquece a los viciosos del Cosmos. ¡Pobres guiñapos dominados por la *fixofilina*! ¿Ha pensado alguna vez, Baxter, que yo podría desencadenar una furibunda guerra sideral? Medios no me faltan. Usted ya conoce las propiedades excitatorias de la droga. Sería el emperador del más frenético ejército que es dable imaginar. Dueño de mis soldados en cuerpo y alma… ¡porque poseo la llave de sus voluntades! Ningún general habría ejercido nunca un dominio tan completo y rígido.

—¡Ha perdido la razón, Busse!

—¿De veras? —rió a carcajadas—. ¿Eso cree, Baxter? No. Mi razón es formidable. Sólidamente equilibrada. ¡Pero podría perderla momentáneamente! Ahora mismo, por simple capricho o diversión, me sería fácil hacerle una demostración. Una demostración… dedicada en exclusiva. ¿No es cierto? Si le obligase, y bastaría proponérmelo, a ingerir unos gramos de *fixofilina* usted se convertiría en un toro bravo, infatigable y batallador. Pero… le habría viciado.

—No me interesa escuchar locuras…

—Escuche. ¡Se lo mando! —hizo una pausa, contemplativa y tensa—. Ya nunca más sería feliz sin la droga. Analice, y retenga en la memoria, cuanto acabo de decirle. ¡Law Baxter, esclavo eterno del poderoso Karl Busse! ¿Le gustaría? Realizaría cualquier cosa que yo le pidiese… ¡y sólo por el premio de ese insignificante polvo!

Karl hablaba, embriagándose con su propia voz. Era, en el fondo, un demente incontrolado. Repugnaba. Su retorcido cerebro ingeniaba continuas desviaciones, todas encaminadas por el sendero del mal. Law Baxter, dolorido de tanto tensar los abultados músculos, experimentó el deseo furioso de escupirle en el rostro.

—Mírela —agregó Karl, cuando Zoppo hubo abierto uno de los falsos bloques—. Cada paquetito contiene la suficiente para embrutecer al más pacífico de los seres… ¡Mi negocio nunca pierde clientela! Quien prueba, repite siempre… Los vuelve diablos. Los predispone a la lujuria, a la maldad, a la perversión y al crimen… ¡Son muñecos fáciles de manejar por un experto como yo! ¿Quiere que le diga una cosa interesante? Algo sorprendente y enloquecedor…

—¡No!

—Se trata de un ensayo.

—¡No!

Busse, congestionado por la risa, se aferraba el vientre abultado y bailoteante. Su cara de carnes fofas, mofletuda, poseía el estremecimiento repulsivo de una gelatina grasienta. ¡Gordo y maligno Buda! ¡Ni con mil muertes llegaría a pagar sus crímenes!

—¡Cogedle! —ordenó, de súbito—. ¡Voy a obligarle a que conozca los efectos de la droga! ¡Esta diversión no me la pierdo!

Una idea repentina… ¡y dramática! Dale Westaco, tratando de evitar el abyecto experimento que se proponía realizar con su entrañable amigo, hizo un movimiento para saltar. No lo llevarían a cabo mientras él conservase un adarme de vida. Pero…

¡Un objeto duro y punzante, accionado por una mano cruel, se clavó en su espalda! El choque le dejó paralizado. ¡Inútil la tentativa! Lo adivinó mucho antes, mentalmente, de que llegase la explicación.

—Quieto —dijo la sibilante voz de Mawk—. Te apunto con una pistola radioprotónica. Un paso adelante… ¡y te desintegro, terrícola! Puedes escoger.

¡Menuda elección! Seguro que ésta era su intención. Un proyectil bastaría para volatilizarlo y entonces… ¿cómo ayudar al apurado Law?

Con ojos muy abiertos, vio a los *guardaespaldas* acorralarlo. Un acoso burlón y malévolo. La pareja actuó sin contemplaciones. Una llave de espalda lo inmovilizó. Sus debatientes esfuerzos se estrellaron contra la férrea tenaza que le impedía mover brazos y piernas. ¡Cazado!

—Tú mandas, Karl —dijo el humano—. No puede hacer nada.

Nada. ¡Cuán ultrajante certeza! Law se hallaba literalmente tan indefenso como un recién nacido.

—Mantenle sujeto, Zoppo. Yo mismo lo drogaré. ¡Qué sorpresa para la bella señora Baxter cuando le vea transformado en una piltrafa que depende de Karl Busse! Que depende… ¡para toda la vida!

Entonces —¡fue entonces, al fin!—, en tan crítico momento, una voz potente, imperativa, gritó:

—¡La única sorpresa será para usted! ¡No se muevan, granujas! ¡Quedan detenidos en nombre de la Policía Cósmica!

La voz retumbaba como un trueno. ¡Ocupaba totalmente la inmensa bodega! El espanto y el asombro petrificaron a los contrabandistas ante la insólita manifestación. ¡Se produjo una confusión inenarrable que ocupó sus mentes y electrizó sus cuerpos!

—¡Kurano! —exclamó Law, consciente de que la incógnita devastadora acababa de ser despejada.

—¡Defendedme! —aulló Karl en un alarido infrahumano—. ¡Que no me toquen, muchachos! ¡Barredlos sin piedad…!

Los gritos se agolpaban con ese frenesí de la desesperación. Saliendo de tras las hileras de protoactinio hidrogenado —¡brotando

más bien de entre los bloques!— cinco patrulleros espaciales de la División Sideral acababan de irrumpir en escena. ¡Cómo varió el decorado radicalmente!

Fugazmente, estremecido de indescriptible alegría, Law captó la imperante necesidad de actuar. ¡También los *guardaespaldas* iban armados! Las balas radioprotónicas no dejarían en la nave ni vencedores ni vencidos. ¡Solo cadáveres!

Fue un pensamiento relampagueante, veloz cual destello lumínico. ¡Kurano había cumplido su palabra! Entró en acción, meticuloso, en el segundo justo y medido. Debió registrar y filmar al detalle la ufana interpretación de Busse, envalentonado por su indiscutible poderío. ¡La prueba concluyente e irrefutable! Ahora... ¡a defender sus vidas una vez más!

—¡Suelta, bandido! —jadeó, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás con la potencia de un impacto meteórico.

La nuca golpeó el rostro estupefacto de Zoppo y se escuchó el crujido seco de su nariz quebrada. ¡La tenaza se aflojó enseguida!

El otro *guardaespaldas*, torpemente nervioso por la conmoción sufrida ante la sorpresa descomunal, había lanzado la mano a la cintura... ¡y desenfundaba a medias la pistola radioprotónica!

Law se abalanzó sobre él igual que un puma hambriento, y el rudo encontronazo los derribó en el suelo. ¡Anulado también! La mano del joven retorció la frágil muñeca cartilaginosa. No fue tarea ardua desarmarlo.

Westaco, demostrando una vez más su afinidad de criterio con Law, se comportó exactamente igual que su amigo. ¡Colaboró con la Ley!

Mawk, como los restantes reunidos al escuchar la ruidosa conminación de Kurano, había vuelto la cabeza en dirección al oculto lugar del que fluía la voz. El pelirrojo, agilísimo, movió el codo potentemente y aplicó un recio golpazo en la mano que sostenía el arma. ¡La distracción fue bien aprovechada!

KKGGSS... ¡Un disparo! La contracción digital debió accionar el gatillo, y un boquete de treinta centímetros, en cuyo fondo culebreaban llamaradas, se abrió a los pies de ambos, perforando la plancha de metal superduro. ¡Si llega a alcanzar a Westaco, la desintegración hubiese sido fulminante! Pero Westaco salió ileso. ¡Ni una rozadura!

Casi sin que existiese transición entre el acto de desviar la pistola y la inmediata acometida, el vagaespacios descargó un violento puñetazo en el estómago del humanoide. Bufó, expeliendo su aliento fétido. Otro golpe igual, pero aun con más saña, lo dejó en el suelo hecho un ovillo.

No fue necesario insistir. Por otra parte, los patrulleros de Kurano

acababan de proclamarse dueños absolutos de la situación, con el condestable al frente.

Los terribles fusiles que empuñaban bastaron para borrar en los delincuentes cualquier impulso combativo. Después de todo, eran peores que ratas. ¡Cobardes de la más baja ralea! El único que osó ofrecer resistencia —empujado por el miedo, no por el valor— fue Karl Busse.

Se sabía perdido. ¡Anulado para siempre! El terror lo impulsó a buscar la escapatoria por medios descabellados… ¡y corrió hacia la cerrada compuerta!

—¡Alto! —ordenó Kurano—. ¡Es inútil!

—Déjemelo, por favor —pidió Law—. ¡Yo le detendré!

Saltando con la celeridad de un gamo, Law cayó sobre su espalda con el ímpetu de una masa astral escapada de la fuerza de atracción que hasta entonces la ha mantenido gravitante. El gordo y horrorizado Busse fue derribado aparatosamente, rodando por el suelo sin cesar de proferir gimientes hipidos. ¡El déspota del espacio! ¿Dónde estaba ahora su soberbia infinita y cruel?

—No… ¡no me maltrate! —suplicó con las mejillas trémulas y los ojos desorbitados—. ¡Soy débil! Le… le daré lo que quiera, señor Baxter… ¡No podría soportar el dolor!

—Yo no puedo soportarle a usted. ¡Y le voy a aplastar!

—¡No! —Karl parecía a punto de echarse a llorar—. Tenga piedad… ¡Piedad, señor Baxter…! Se lo imploro…

Sí. Lo suplicaba de la forma más vil y denigrante para un hombre. ¡Entre roncos lloriqueos! Caído de rodillas, con las manos abiertas en actitud mendicante, el repugnante contrabandista era un derrotado y guiñolesco esclavo del pavor enfermizo que lo dominaba.

En sólo breves instantes, se había operado en él una transformación notable por lo desdichada. Babeaba la espuma en sus labios. ¡Brillaban lágrimas en los ojos porcinos! ¡Temblaba todo, de cabeza a pies, convulsionado por el solo pensamiento de que Law pudiese llegar a ser tan vengativo y abyecto como él mismo se reconocía!

—¿Qué esperas? —rezongó Westaco, pálido de furia—. ¡Descuartízale! ¡Se lo merece, por cuanto nos hizo sufrir!

—No —Law relajó los músculos y miró al cobarde con asco, sintiendo que le producía náuseas su incalificable actitud—. No puedo. Le perdono. ¡Me repugna hasta mirarle! Llore, Busse… ¡Muérase de miedo si quiere!

—Gra… gracias, señor Baxter. Muchas gracias… Es usted generoso…

—Demasiado —masculló el pelirrojo—. Pero, quizá, yo haría lo mismo en su lugar.

—Celebro que ambos piensen así, caballeros —aplaudió Kurano—. Su generosidad también puede ser… un atenuante. Estoy muy satisfecho de ustedes y lo mencionaré destacadamente en mi informe. Su colaboración, hasta el último momento, es ciertamente encomiable. Se les tendrá en cuenta… y casi me atrevería a asegurar, que no habrá castigo alguno contra los dueños de “Transpace Inc”. Han purgado con creces su involuntario desliz. Les felicito. Y respecto a usted, señor Macross…

—¿Macross? —se extrañó Law.

—Sí —agregó el condestable, plantado ante el ovillo lloriqueante que ahora era Karl Busse—. Es su verdadero nombre, puesto que se trata de Marius Chapman Macross… conocido multimillonario, altruista y filántropo al que han venerado multitud de asociaciones benéficas por sus elevados donativos. ¡Un vulgar contrabandista de drogas! Ésta es la *otra personalidad* oculta. Así intentaba enmascarar sus turbios manejos, ¿verdad, Macross? ¿Qué dirán las personas que le consideraban un santo cuando conozcan la bochornosa realidad de su vida? ¡El intachable Macross! Todos ellos podrán verle tal cual es al desnudo. Una venenosa sanguijuela ahíta, pero siempre ansiosa, de sangre inocente. ¡Y le maldecirán! —se volvió para mirar a sus hombres, ordenando—: Prendedle. ¡Ha terminado su carrera de crímenes!

—¡Condestable! —exclamó entonces Law, palideciendo.

—¿Qué le ocurre?

—Mi… ¡mi esposa! —rugió—. ¡Ha quedado prisionera de…!

—Cálmese —Kurano, persuadido de la importancia que iban a poseer sus próximas palabras, sonrió, como recreándose en una adivinanza final—. ¿No advirtió que mi patrulla la forman cinco soldados?

—¡Oh! ¡No estoy para esas minucias!

—Una minucia muy significativa. ¿Dónde se habrá metido el sexto hombre?

—¡En el refugio secreto! —señaló, impulsivo como siempre, Dale Westaco.

—Usted lo acaba de decir, señor Westaco. Sí. Le dejé por los alrededores del *puesto*, presintiendo que Macross, o sea, Karl Busse, cometiese alguna salvajada de las suyas. ¡Conocemos bien su sadismo por los informes que la Policía Cósmica ha ido recogiendo a lo largo de incontables fechorías! Descuide, que pronto podrá abrazarla… sana y salva.

—Pero…

—Vendrán en un trineo espacial. Charles, mi agente, me comunicó por la microemisora que detuvo a Smell sin dificultad… aunque oportunamente. Al parecer, su esposa era una tentación

excesiva para contener el apetito. Di orden a Charles de que se reuniese con nosotros inmediatamente. Estarán al llegar.

—¿Entonces...? —Law hablaba con los ojos abrillantados por la emoción—. ¿Me necesita para algo?

—No... ¿Por qué?

—¡Voy a esperarles en el exterior! —repuso, corriendo hacia la compuerta después de alcanzar el yelmo protector.

—Vaya —rió Kurano—. ¿Y usted, señor Westaco?

—¿Yo? —Dale sonrió también, de oreja a oreja—. Me quedo. A ellos les gustará encontrarse a solas.

—Comprendido. Buen amigo hasta el fin.

—Es lo que Law haría por mí. ¡Seguro!

EPILOGO

Había terminado la aventura en el sector jupiteriano.

Io, rocoso y frío, no tardó en ser abandonado para siempre. Karl Busse jamás volvió a dirigir su nefasta organización, la cual, en un tiempo relámpago, fue desmembrada y aniquilada por la eficacísima Policía Cósmica.

De nuevo la Ley había obtenido un resonante triunfo en su perseverante batalla contra los traficantes de narcóticos que operaban en el espacio. Pero todo ello… ¿gracias a quién?

El condestable Kurano lo sabía. Y como él, así lo reconocieron los miembros del Tribunal Supremo Confederativo encargado de juzgar al canallesco Macross por sus innúmeros delitos.

La delación del ingeniero Lalond, motivada por despecho, los puso sobre aviso, señalando una pista cierta. Pero fueron Law y Dale, accediendo a correr un gravísimo riesgo cuando admitieron la alianza, quienes finalmente otorgaron a la Ley su victoria total.

A poco de la detención de Busse, tres camaradas gozosos y alegres, volvieron a tripular el carguero plateado en cuyas superficies podía leerse: “TRANSPACE INC”.

De los tres, el pelirrojo se encargó de gobernar la nave en su veloz regreso a Marte, donde Beyonde debía estar esperándolos sin dejar de roerse las uñas de impaciencia. Para los otros dos, tiernamente, empezaba su auténtica y *verdadera* luna de miel.

No hubo disolución. El contrato privado, roto en pedazos, fue arrojado al espacio por el tubo de desperdicios. Por insólito que parezca —y seguro que al Procurador Tipper, de Hilda, le parecería bastante— el matrimonio resultó válido de por vida.

Quizá algún día, y a causa de su negocio, Law Baxter volviera a ser el impensado protagonista de otro episodio trepidante. Claro que, en lo tocante a él, deseos no existían.

Se había jurado observar meticulosamente el rígido Código de Espaciotransporte interestelar. Y si algún cliente se personaba en su oficina para consignarle un cargamento de protoactinio hidrogenado en bloques…

Bueno. Estamos seguros de una cosa. ¡Pobre de él!

FIN

ROBERTO ALCÁZAR Y PEDRÍN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIÓN
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIÉNDELA

al chico que desee pues se trata de la colección más
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GÉNERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

94 —Hombres de titanio— *George H. White*
95 —¡Ha muerto el Sol!— *George H. White*
96 —Exilados de la Tierra— *George H. White*
97 —El imperio milenario— *George H. White*
98 —Topo-K— *Profesor Hasley*
99 —El fin de la Base Titán— *Profesor Hasley*
100 —Pasaron de la Luna— *C. Aubrey Rice*
101 —La amenaza tenebrosa— *J. Negri O'Hara*
102 —El gran fin— *J. Negri O'Hara*
103 —Intriga en el año 2000— *Profesor Hasley*
104 —El extraño profesor Addington— *Profesor Hasley*
105 —Sin noticias de Urano— *C. Aubrey Rice*
106 —Acción inaudita— *C. Aubrey Rice*
107 —El horror invisible —*Karel Sterling*
108 —Más allá de Plutón— *Profesor Hasley*
109 —La revancha de Zamok— *Profesor Hasley*
110 —Situación desesperada— *C. Aubrey Rice*
111 —El experimento del doctor Kellman— *J. Negri O'Hara*
112 —Los habitantes del astro sintético— *Eduardo Texeira*
113 —Los muertos atacan— *Profesor Hasley*
114 —La última batalla— *Profesor Hasley*
115 – 1958: Objetivo Luna —*Karel Sterling*
116 —La amenaza de Andrómeda— *Robín Carol*
117 —El silencio de Helión— *Robín Carol*
118 —Ventana al infinito— *J. Negri O'Hara*
119— El planeta errante —*Karel Sterling*
120 —Regreso a la patria— *George H. White*
121 —Lucha a muerte— *George H. White*
122 —Cautivos del espacio— *Joe Bennett*
123 —Vacío siniestro— *Joe Bennett*
124— Detrás del universo —*Karel Sterling*
125 —¡Karima!— *Profesor Hasley*
126 —El bosque petrificado— *Profesor Hasley*
127 —Energía Z— *Profesor Hasley*
128— Fantasmas siderales —*Karel Sterling*
129 —El túnel trasatlántico— *Profesor Hasley*
130 —El mundo subterráneo— *Profesor Hasley*
131 —Entre Marte y Júpiter— *Joe Bennett*
132 —Separación asteroidal— *Joe Bennett*
133 —Náufragos del universo— *Joe Bennett*
134 —La isla de otro mundo— *Eduardo Texeira*
135— El tiempo desintegrado —*Karel Sterling*
136 —El conquistador del mundo— *Profesor Hasley*
137 —El ejército sin alma— *Profesor Hasley*
138— Mensajes de muerte —*Karel Sterling*
139 —Motín robótico— *Joe Bennett*
140 —Cita en la Luna— *Van S. Smith*
141 —Misterio en la Antártida— *Larry Winters*
142 —Cosmoville— *Joe Bennett*

143— Ataúdes blancos de Oberón —*Karel Sterling*
144 —Nosotros, los marcianos— *Van S. Smith*
145 —El doble fatal— *Joe Bennett*
146— La ruta perdida —*Karel Sterling*
147 —Embajador en Venus— *Van S. Smith*
148 —El astro prohibido— *Joe Bennett*
149 —Niebla alucinante— *C. Aubrey Rice*
150 —La hierba del cielo— *Joe Bennett*
151 —¡Nos han robado la Luna!— *P. Danger*
152 —Rutas ignoradas— *J. Negri O'Hara*
153 —Un cadáver en el aerolito— *Henry Keystone*
154 —La diosa de venusio— *Joe Bennett*
155 —Condenados a morir— *Joe Bennett*
156 —La barrera de las sombras— *A.S. Jacob*
157 —Las huellas conducen... al infierno— *Van S. Smith*
158 —El planeta de nadie— *Henry Keystone*
159 —Regresaron dos muertos— *Joe Bennett*
160 —El mundo de los seres condenados— *J. Negri O'Hara*
161 —El planeta maldito— *P. Danger*
162 —Asesino interplanetario— *Henry Keystone*
163 —Extraños en la Tierra— *Van S. Smith*
164 —Marionetas humanas— *Vic Adams*
165 —La nave de plata— *Joe Bennett*
166 —Los aventureros de Júpiter— *Joe Bennett*

Sobre el suelo ardiente de Mercurio, cuatro terrestres encuentran una extraña vida.

Un mundo con atmósfera de hidrógeno ardiente, asombrosa cultura y leyes de sabiduría ancestral habitado por unos extraños seres.

Entre ellos, Aena, una mujer cuya inefable belleza es un peligro en aquel espacio enloquecedor donde la muerte acecha a cada paso.

"CUATRO A MERCURIO"

de

PETER KAPRA

es la más excitante de las novelas de «science-fiction» concebida por su autor.

"CUATRO A MERCURIO"

es una fantasía cuyos capítulos estallan como cohetes inesperados sorprendiendo y asombrando a los lectores.

Una novela sin precedentes, que se publicará en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] La acción de esta novela se inicia en el núm. anterior, titulado LA NAVE DE PLATA. Aconsejamos la lectura con interés, para un mejor conocimiento argumental.

[2] Once, en total. Se entiende que son satélites naturales, ya que el Hombre, en plena Era Galáctica, ha puesto en órbita multitud de estaciones espaciales prefabricadas... mucho más confortables que las creadas por la naturaleza, dicho sea de paso.

[3] Ganymede y Callisto son los satélites de mayor tamaño; por ello, en el argot espacial, se los llama liberalmente los grandes. Ambos sobrepasan en volumen al planeta Mercurio... ¡y son simples lunas!

[4] Meteoros errantes, extraorbitales, formados por el agua, en cualquiera de sus estados físicos.

[5] Otra de las lunas del gran planeta.